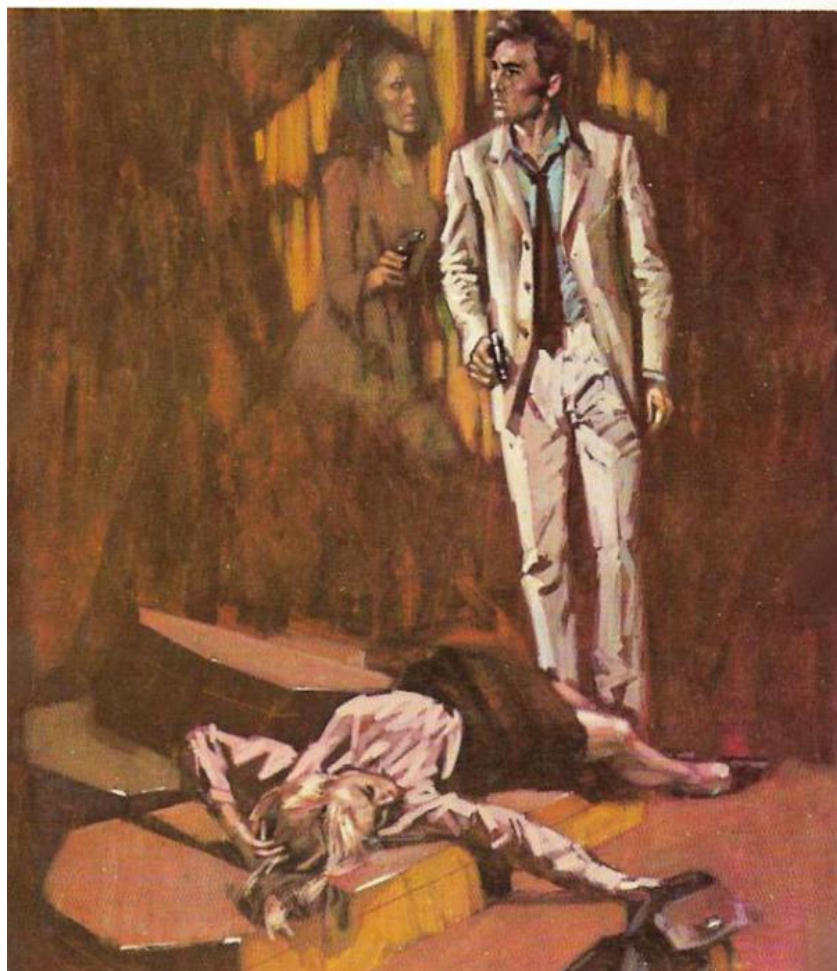


BOLSILEROS BRUGUERA
**PUNTO
ROJO**

licencia de investigador

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

LICENCIA DE INVESTIGADOR

Colección PUNTO ROJO n.º 533

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal: B. 20.765 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1972

© CURTIS GARLAND - 1972

texto

© ALBERTO PUJOLAR - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.139 — Crimen en primera persona.

En Colección PUNTO ROJO:

530 — Las tinieblas tienen ojos.

«He aquí al nombre que desprecia a su cliente pero que descubre siempre al culpable... He aquí al detective privado, calificado por Casper Gutman de salvaje, imprevisible, desconcertante... He aquí a este hombre de acción, duro de pelar, cuya sonrisa pensativa constituye el gesto más peligroso: el hombre que odia recibir golpes sin devolverlos y que a nadie perdona, hombre o mujer, muerto o vivo...»

(Del prólogo de Ellery Queen a un relato de Dashiell Hammett (1938), refiriéndose a *Sam Spade*, héroe de la «serie negra» de Hammett, iniciada con *El Halcón Maltes*.)

PROLOGO

Esta es la historia de un caso singular.

La historia de mi caso más complejo y peligroso. Un caso donde mi vida no llegó a valer un centavo. Y donde las vidas de otras personas no valían tampoco mucho más que la mía.

El enigma está archivado y resulta sorprendente comprobar después la serie de elementos extraños que lo integraron.

Pasiones humanas, supersticiones y sectarismos... Una serie de lacras sociales de este gran país donde ejerzo como detective privado, salpicaron la historia con tintes oscuros y realmente insólitos.

Pero lo más importante fue cómo el misterio, la clave de unos crímenes desconcertantes y de unos sucesos increíbles, tenía la más sencilla y clara de las explicaciones, a pesar de la niebla que envolvía todos aquellos acontecimientos de pesadilla que me tocó vivir.

Sí. Realmente, fue el caso más extraño que viví. Yo, Steve Caine, detective privado en la ciudad de Nueva York, durante unos días, una especie de héroe de serie negra cuando mi trabajo había sido siempre rutinario y carente de emociones.

Pero así son las cosas en este oficio de investigador privado.

Ahora, pienso que vale la pena obtener una licencia de investigador, por duro que sea el oficio, por arriesgada que resulte la profesión. Vale la pena porque es la forma de ayudar a que muchas infamias no prosperen y que nuestra sociedad, dentro de lo que cabe, viva con relativa felicidad y calma.

Lo malo es que nosotros, los investigadores privados, no estamos demasiado bien considerados nunca. Incluso la policía se mete con nosotros y nos critica o nos priva de la licencia, si cometemos un pequeño error.

La verdad: no es justo. No, no es justo.

Yo lo demostré en este caso. Y es solo un botón de muestra. Hay otros colegas, otros compañeros como yo, que también merecen ser tratados dignamente por la sociedad, que les debe protección y ayuda, en situaciones difíciles.

También hay desaprensivos, claro. Y granujas. Pero de esos no debe uno acordarse demasiado.

No. No demasiado.

Es preferible pensar siempre en aquellos que han hecho algo bueno por los demás.

Gomo yo, por ejemplo.

Y no es inmodestia, claro. Es que yo, Steve Caine, detective privado, soy así. Llamo a las cosas por su nombre. Como debe ser.

Steve Caine.

CAPÍTULO PRIMERO

Soy Steve Caine.

Steve Caine. Detective privado.

No pongo un particular orgullo en decirlo. En realidad, para muchos, mi oficio es una asquerosa profesión, indigna de toda persona decente. Puede que tengan razón. En realidad la tendrán en un noventa y cinco por ciento de los casos. Yo quiero pensar que estoy en el cinco por ciento restante.

He conocido a muchos detectives privados. Colegas míos. Desde lujosos despachos de Broadway, hasta miserables, lóbregas y polvorientas oficinas en un calleja cualquiera de Brooklyn o del Bronx. No me siento demasiado optimista de tal experiencia. La inmensa mayoría resultaron ser unos cochinos rufianes, unos desaprensivos, unos vividores de la calaña más baja y ruin que pueda imaginarse.

No sé si seré mejor que ellos, pero quiero pensar que sí. No soy un ángel, ni tan siquiera un tipo excesivamente decente. Me gusta el dinero, y he visto siempre los billetes de menor valor por lo que, como humano que soy, no dudaría en hacer un puñado de cosas por ganar más y ver en mi bolsillo un puñado de billetes de mil. Aunque esas cosas no fuesen completamente honestas. Después de todo uno se harta de ver que los demás no ponen demasiados remilgos en lo que hacen, cuando se trata de ganar dinero.

Tengo una oficina de tipo medio. Ni demasiado ostentosa, ni tampoco miserable. No la tengo en Broadway, pero tampoco en Brooklyn o en el East River. Exactamente, está situada en la calle Catorce, en el Bajo Manhattan lo cual no está mal del todo, aunque tampoco deslumbre a nadie.

Allí Steve Caine, *private eye*, está a su disposición, señoras y señores. Especialmente claro a disposición de las damas. Son mis mejores clientes. No sé si porque soy buen investigador privado,

porque ellas son siempre las que tienen mayores problemas —y si no los tienen se los buscan, lo cual viene a ser aproximadamente lo mismo— o porque yo tengo treinta y dos años, unos seis pies y pico de estatura, cabello abundante y rebelde, ojos verde oscuro, una cara bastante bien parecida, un gesto rudo y unos modales ásperos que, a cierta clase de mujeres, sobre todo a las de la mejor sociedad neoyorquina parece ser que les fascinan.

No tengo la brillantez de un Donald Lam, la brutalidad de un Sam Spade ni el cerebro y la exquisitez de un Philp Vance, o el poder deductivo de un Sherlock Holmes. No lo pretendí jamás, claro está. Soy Steve Caine, y eso es suficiente para mí. Según creo, también para mis clientes. Especialmente —insisto en ello— las mujeres...

Así, pues, no es de extrañar que precisamente una mujer fuese la que inició todo aquello. Aquel caso que entre otras cosas significó la muerte de Steve Caine, detective privado. Nada más y nada menos que eso: mi muerte. Mi propia muerte...

Y empezó de ese modo. Con un cliente rico. Lo bastante rico como para poner encima de mi mesa tres billetes de mil dólares. Una suma que, sinceramente, nunca había llegado a ver junta.

Dijo, al poner los tres billetes de mil en mi carpeta:

—Esto es para usted, si se hace cargo de mi caso. Y es solo a título de anticipo. El principio de una suma mucho mayor. Digamos... hasta quince mil dólares, señor Caine.

Quince mil dólares. Eso dijo mi cliente. Me dejó sin aliento.

Y mi cliente era una mujer. Rica, sin duda.

Una mujer. Además de rica y generosa, era joven. Joven y muy atractiva.

Así empezó todo.

Yo debía de haberme negado en redondo. Lo hubiera hecho, de poder presagiar el futuro y anticiparme a los hechos. Pero mi capacidad de investigador no llegaba a tanto.

Además, no tenía, en esos momentos, más allá de setenta u ochenta dólares en efectivo. Frente a unas deudas, aproximadamente, de doscientos cincuenta a trescientos dólares.

Y eso, con tres mil dólares encima de mi mesa. Con una mujer espléndida sentada frente a mí. Cruzada de piernas. ¡Y qué piernas!

Por eso acepté.

No debí hacerlo. Pero acepté. Y eso fue el principio. El principio de lo peor que podía ocurrirme.

De aquel desastre que terminó con Steve Caine. Un feo, oscuro camino que, inevitablemente, conducía a la Morgue.

La Morgue...

Mi destino. Un destino que, entonces, yo ignoraba. Por eso dije, resuelto:

—Está bien, señora. Acepto. Ahora, dígame lo que espera de mí...

Y ella me lo dijo.

* * *

Cuando uno se hace investigador privado, y obtiene la correspondiente licencia para el ejercicio de su profesión, nadie le dice que ese es el camino más directo y sencillo de volverse rematadamente loco.

Sin embargo, uno debería imaginarlo de antemano, al observar los gestos y miradas de compasión con que los funcionarios correspondientes le entregan la licencia. Sólo que entonces no pasa de ser una leve sospecha. Luego, cuando se convierte en evidencia, es ya demasiado tarde.

Eso me sucedió también con Glenda Parrish.

Glenda Parrish era la dama de mi oficina. Rubia. Con unas pantorrillas deliciosas que no vacilaba en exhibir. Quizá eso formaba parte de su estrategia bélica. Si era así, debo reconocer que tuvo éxito. De otro modo, no se explica que yo aceptara aquel enredo.

Las rubias han sido siempre mi debilidad. Sobre todo, las rubias como Glenda Parrish. Es uno de mis numerosos puntos débiles. Y creo que ella se dio cuenta de eso enseguida.

Glenda Parrish cruzó todavía un poco más sus piernas, y se echó ligeramente atrás, para referirme sus cuitas. Era un modo hábil de erguir sus ya prominentes senos hacia el techo, y de que la falda subiera alguna pulgada más sobre sus muslos bien torneados.

Empecé a perder el aliento. Y lo perdí del todo cuando ella me refirió el asunto. A pesar de que su inicio fue tremendamente vulgar, casi decepcionante.

—Se trata de mi marido —dijo.

—Ah —fue lo único que se me ocurrió. Me sentí profundamente desilusionado. No porque la dama, por el hecho de ser casada, me resultase menos atractiva, sino porque detesto cordialmente los problemas conyugales, en especial aquellos que se llevan a los detectives privados.

—Mi marido está muerto —dijo.

Esta vez, yo no comenté nada. No hubiera sabido qué decir. Si su marido estaba muerto, no veía qué diablos podía pintar en todo aquello. Tal vez existía un amante.

—Murió hace seis meses —suspiró—. Yo heredé su fortuna. No muy grande, pero aceptable. Justamente, seiscientos veinticuatro mil quinientos dólares.

Si aquello no le parecía suficiente dinero, no veía lo que podía ambicionar. Quizá los millones de Rockefeller.

—Mi esposo, Busby Parrish, murió de accidente de circulación —me aclaró—. Arrollado por un automóvil, cerca de Riverside Drive. Fue ingresado en la clínica del doctor Crichton, no muy lejos del lugar del suceso. Cuando yo fui avisada, ya era cadáver. Derrame cerebral. Se le incineró al día siguiente.

—¿Incinerado? —pregunté, curioso—. ¿Voluntad suya o de usted, señora?

—De él. Figuraba en su testamento.

—Entiendo. Pero hasta aquí, no veo en qué puedo yo...

—Déjeme continuar —me interrumpió ella. Respiró hondo, y sus senos se agitaron, acompasados. Era un espectáculo que merecía la pena, palabra.

—Perdón. Continúe, señora Parrish. La escucho.

—Mi esposo me llevaba bastantes años, esa es la verdad. Exactamente, dieciocho.

Era admirable su exactitud. En dinero, en años... La estudié. Glenda Parrish podía tener en estos momentos veintiséis años. No creo que tuviera más. Sumando dieciocho... tenemos cuarenta y cuatro años. No era una edad desorbitada. Pero demasiado para diferenciarse entre sí, tal vez.

—Busby gustaba de practicar deportes. Tuvo una caída en la nieve, esquiando en Sun Valley, y sufrió una amnesia temporal, pero se recuperó. A su edad, parecía tener siete u ocho años menos

gracias a los ejercicios físicos. Formábamos una buena pareja. Yo le quería, sin llegar a ser un amor apasionado. Fuimos felices. Para olvidar lo ocurrido, me ausenté de Nueva York, con un matrimonio amigo. Fuimos a Florida, a California... Al regreso, ha sucedido.

La miré, pensativo. Vi que se agitaba levemente, sus ojos brillaban, extraños, y sus mejillas enrojecían con excitación.

—¿Qué ha sucedido? —quise saber.

—Algo espantoso —musitó—. He tropezado con mi marido.

* * *

Si llegan a pincharme no me sacan ni una gota de sangre. Debía estar toda helada en mis venas.

—Creo... que no he entendido bien —dije.

—Me he encontrado con él. Con mi marido. Vivo.

—Entonces, sí entendí bien —resoplé. Me eché atrás, perplejo, sin quitar de ella los ojos. Ni pensé en que bromease. No tenía el aspecto de hacerlo. Ni nadie da tres mil dólares a un investigador privado para ponerse a contar chistes sin gracia.

—Parece imposible, ¿verdad? —musitó ella, clavando en mí sus ojos.

—Es imposible —rectifiqué.

—Yo lo he visto. He hablado con él. Era él.

—Pero usted le vio muerto. En la clínica, en el funeral, antes de ser incinerado...

—Por supuesto. Ni siquiera estaba desfigurado. Sólo rasguños, algún hematoma del accidente... Sus lesiones fueron internas. Cerebrales, en especial. De eso falleció... si es que falleció, claro.

—Cuéntemelo con detalle —rogué, tratando de ordenar mis pensamientos. Entrelacé mis dedos sobre la mesa, me incliné hacia ella, incluso olvidándome de sus bonitas piernas, para esperar lo que ella tuviera que decir.

—Hay poco que contar. Fue en Vampyr.

—¿Vampyr? —enarqué las cejas—. ¿Qué es eso?

—Un club nocturno. En Jersey City.

—Vampyr —medité—. Tiene gracia. ¿Fue precisamente allí donde...?

—Sí, pero él no era ningún vampiro —sacudió la cabeza de

dorada cabellera suave, con énfasis—. Era él. El mismo, en carne y hueso mortal. La parejita sí que era una buena vampiresa. Pero no de las que chupan la sangre, sino el dinero.

—Entiendo —dominé mis ganas de reír, y traté de mostrarme serio—. El difunto se divertía, según eso.

—¡Y cómo se divertía! Si no lo hubiese visto con mis ojos, juraría que era un sueño, un espejismo. Pero no; era él, Busby. Se quedó mirándome como si no me reconociese cuando fui hasta él, le separé de su... chica. Y le llamé por su nombre, le dije que aquello no podía suceder, que él... estaba muerto.

—¿Qué reacción tuvo?

—Se quedó mirándome como si yo viniera del planeta Marte, afirmó que yo estaba rematadamente loca, idea a la que se adhirió con entusiasmo aquella fulana, y me demostró que él era Avery P. Merrick, soltero, de religión esotérica zodiacal o algo así, y de profesión, fotógrafo de arte. La fulana lo corroboró, hubo un escándalo, y ellos se marcharon, mientras a mí me daba un ataque de nervios. Cuando salí tras ellos, ya no los encontré por parte alguna.

—¿Eso es todo, señora Parrish?

—Todo, sí —afirmó ella, rotunda.

Me quedé pensativo. La miré.

—¿Y usted qué espera que yo haga? —indagué.

—Descubrir la verdad. Hallar a Busby, saber lo que sucedió realmente...

—Mire, señora Parrish, le voy a ser sincero. Tremendamente sincero —tomé aliento y se lo espeté como lo sentía—: Personalmente, creo que usted sufrió una especie de alucinación u obsesión. Vio a un hombre sorprendentemente parecido a su esposo, a la luz de un club nocturno, que no suele ser radiante, por cierto, y creyó hallarse ante el muerto resucitado.

—No, no...

—Déjeme terminar. No es ninguna estupidez la que cometió, ni está usted loca, por ello. Por el contrario, tenga en cuenta que existen semejanzas increíbles entre algunas personas, que hasta a familiares muy íntimos han llegado a engañar. Comprenda que si en una clínica legalmente establecida, fallece un hombre por derrame cerebral, provocado por un accidente de automóvil, y

posteriormente es enviado a una entidad fúnebre, e incinerado en el plazo legal establecido, y usted cobra su herencia sin problemas, ello quiere decir, por doloroso que resulte, que su esposo ha muerto, sin lugar a dudas. Y que un hombre de notable parecido, incluso asombroso parecido, idéntico o poco menos al difunto, le provocó a usted esa visión sorprendente. Supongo que Busby Parrish no tendría hermano gemelo alguno...

—Ni gemelo ni de otra clase. No tuvo nunca hermanos. Ni familiar parecido a él.

—Entonces, una persona ajena por completo a su esposo era el tal Avery P. Merrick que usted vio en el club Vampyr. Los parecidos, en el mundo, son más frecuentes de lo que uno imagina.

—Era él, no un hombre parecido.

—Por favor, señora Parrish; trato de razonar porque soy honesto y prefiero no engañarla, quedándome su dinero e inventando tonterías poco escrupulosas. No podía ser su esposo. El parecido sería increíble, pero no era él.

Ella me miró agresiva, sarcástica.

—De modo que usted cree que un rostro, una figura, una corpulencia, se pueden hallar exactas, casi duplicadas.

—Sí.

—Y la voz parecerse también, hasta el punto de ser exacta.

—Bueno, ya no es tan frecuente, pero... puede ser.

—Y también sería posible que ambos tuvieran un mismo lunar bajo la ceja derecha, en el párpado.

—Pues... la verdad, resultaría un parecido insólito, pero... es posible.

—Y el mismo mechón blanco, canoso, en la sien izquierda.

—Pues ya tanto...

—Y el mismo tic nervioso en la comisura de su boca, y el mismo diente de oro, en la encía superior...

—Espere —la detuve, agitado—. ¿Todo eso tenía su esposo?

—Todo, sí.

—¿Y.... el hombre parecido, el de Vampyr?

—También.

—¿Está segura? ¿Tan buena es la luz de ese local?

—Estoy segura. La luz es bastante buena. Y mis ojos también.

Sacudí la cabeza. Estaba realmente hecho un lío. Mi criterio se

desmoronaba.

—De modo que... era Busby Parrish.

—Era Busby, sí. Nunca estuve tan segura de nada, en toda mi vida.

—Cielos... —Me puse en pie, nervioso—. Nadie puede ser igual a otro, en todos los detalles. Es matemáticamente imposible.

—Me alegra que, por fin, coincida conmigo. Y bien, señor Caine. ¿Se hace cargo de mí caso, ahora?

—Si —suspiré—. Me hago cargo de su caso, señora Parrish...

CAPÍTULO II

La entrada estaba rodeada de sombras de murciélagos. Dentro, había rostros de Drácula por doquier, más o menos estereotipados, detalles terroríficos, luces fantasmales y toda clase de detalles lúgubres.

Era lo que podía esperarse en un lugar llamado Vampyr. Pero la señora Parrish tuvo razón. Durante los bailables la luz de la pista era intensa. Procedía, en su totalidad, del luminoso suelo de vidrio, en el que se posaban los pies de los bailarines. Había también reflectores, cambios de luz y todo eso. Pero yo hubiera podido reconocer incluso a Lon Chaney *sénior*, con cualquiera de sus caracterizaciones del cine silente, sin la menor dificultad.

Entre ristas de ajos y muérdagos de plástico, unas mozas de atavío centroeuropeo, servían cerveza o combinados, con sus blusas descotadas, en las que más de un vampiro —y no precisamente de los imaginados por Bram Stoker—, hubiera hincado el diente tan fresco. El aire de los Cárpatos o Balcanes tenía allí un matiz tan natural como podría tenerlo un decorado de Hollywood de los inefables tiempos de la Metro y su cine artificioso. El clima de Transilvania hubiera hecho palidecer de envidia a un mediocre escenógrafo de los dorados tiempos en que la Meca del cine lanzaba engendros con Bela Lugosi o con el bueno de Boris. Me refiero a Boris Karloff, claro.

Bebí cerveza. Hablé con dos mozas que tenían tan escasa blusa como abundantes torsos, en ese afán casi psicopático de nuestro país por esas minucias. Pero las mozas tenían buena memoria. Y su jefe, un camarero delgado, pálido y huesudo como el propio Conde Drácula, también.

Recordaron enseguida a la pareja del jaleo con la señora Parrish. Sí: el hombre no era cliente habitual del Vampyr, aunque había estado allí algunas veces últimamente. Ella, en cambio, sí que era

conocida.

Ella era, naturalmente, la fulana. La amiguita de Avery F. Merrick. La chica con la que bailaba el supuesto resucitado. De ella pronto obtuve datos, informes, descripciones minuciosas y, en parte, muy parciales. La chica no era estimada allí demasiado. Debía ser cosa de envidia femenina.

Se llamaba Lorelei. Un nombre demasiado sofisticado. Pero ése era su problema. Lorelei Liliom era su nombre completo. Sonaba a falso por los cuatro costados como el mismo Vampyr y su decoración. Pero eso a mí me tenía sin cuidado. Era el nombre por el que la conocían allí. Sabían que vivía en Broadway, en un apartamento. Pero no sabían dónde.

Transmití esos datos a un colega y colaborador mío, Happy Franciosa, un italoamericano nacido en Brooklyn —como todos—, inteligente, vivaz y barato. Sobre todo, barato. Él tenía una miserable y sucia oficina en Atlantic Avenue. Pero sabía trabajar. Cobraba poco, y lo hacía bien. Conmigo, siempre tenía trabajo. Ahora, le había enviado cien dólares en efectivo, y eso le haría trabajar a toda presión.

Mientras me llegaba algo sobre una tal Lorelei Liliom, de profesión *call-girl*, pelirroja, de ojos azules, rostro pecoso, cuerpo curvilíneo y estatura más bien baja, con demasiado pecho y caderas para esa talla, tendría que dedicarme a otras cosas.

Especialmente, a lo que era motivo central de mi caso: un hombre llamado Avery F. Merrick, de profesión fotógrafo de arte, de religión «esotérica-zodiacal» (?), y de quien cierta dama decía que era, exactamente, su esposo difunto. Es más, que era su propio esposo. Y esa dama entre otras cosas, era mi cliente. Además... era rubia, bonita, y tenía unas piernas encantadoras. Todo eso pesaba en mi ánimo, no podía evitarlo.

Por otro lado, conseguí, a través del teniente Douglas Shayne, del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, los datos antropométricos sobre un hombre llamado Busby Parrish.

Edad, cuarenta y cuatro años. Estatura, seis pies y una pulgada. Peso, ciento setenta libras. Deportista. Tez bronceada, cabellos castaños, con un mechón de canas. Lunar en su párpado derecho. Un tic nervioso en su boca. Diente de oro en la parte superior. Agente de Banca y Bolsa. Finanzas. Aficionado al cine *amateur*.

Curioso. Él era aficionado a filmar. Avery F. Merrick, artista profesional de la fotografía. Pero supongo que muchos americanos son así. No significaba nada por sí solo.

Conseguí sus huellas dactilares, los datos del accidente...

Le había arrollado un coche particular, un turismo con matrícula de Nueva York, cuyas dos últimas cifras eran lo único conocido. El vehículo se dio a la fuga, tras el atropello.

Obtuve el certificado de defunción, extendido por el doctor Melvin Crichton, director de la clínica de Traumatología Crichton, en la Ciento Cuarenta y Cinco Oeste junto a Riverside Drive. El accidente ocurrió a la altura de la Ciento Cuarenta y Dos. No se podía negar que el accidentado obtuvo urgente asistencia médica.

Pese a ello, falleció en el plazo de tres horas de hospitalización. Causas: heridas gravísimas internas. Intenso *shock* traumático y conmoción cerebral. Derrame cerebral mortal de necesidad.

La funeraria, era The Last Luxury, en Broadway 3.540. Obtuve el certificado de inhumación y la autorización especial de incineración de restos, conforme a la última voluntad del difunto. Otro documento certificaba, con las pertinentes autorizaciones legales, del cumplimiento de la incineración. Los restos reposaban ahora en una arqueta, en Trinity Cementery, entre la Ámsterdam, Broadway y la Ciento Cincuenta y Cinco Oeste.

Todo en una misma área. Todo rápido, preciso, seguro... pero sin asomo de dudas ni datos confusos. No cabían recelos sobre la muerte e incineración de un ciudadano neoyorquino llamado Busby Parrish. Su esposa identificó el cadáver, estuvo junto a él, en clínica y funeraria, hasta la conclusión de los oficios. El informe forense era también positivo y sin reticencias. De modo que todo había sucedido tal como se decía allí.

Sin embargo... Glenda Parrish había visto, en un club nocturno de Jersey, el Vampyr, a un hombre que era su propio esposo redivivo. Con una fulana de postín llamada Lorelei Liliom.

Hasta ahí, todo fue pura rutina.

Después...

Después, no hubo nada rutinario. Palabra.

El doctor Melvin Crichton era un médico traumatólogo de cierto prestigio. De mediana edad, aspecto grave, cabellos canosos y ojos grises, tras gafas con montura metálica.

Cuando me dio su respuesta, no parecía existir lugar a dudas de ningún género:

—Sí, recuerdo al infortunado Busby Parrish. Era casi cadáver cuando ingresó. Iba en estado de coma. No llegó a recuperarse. Falleció pocas horas después, pese a que intentamos lo imposible. Sus lesiones eran internas.

Jugueteó con la ficha de Parrish, que había extraído de un fichero metálico. Me miró con perfecta naturalidad, sin ninguna reticencia. Aquello le parecía normal. Y no se alteraba por ello.

—¿Quedó muy desfigurado? —indagué.

—¿Desfigurado? —sacudió la cabeza—. Cielos, no. Veá. En la ficha conservamos dos fotografías suyas *post-mortem*. Cosa de rutina.

Me tendió la tarjeta. La examiné. Aparte los datos, fríamente consignados, había en la ficha un par de fotografías del cadáver, y una radiografía de cráneo. Estudié todo ello, en silencio.

Sí aquel fue Busby Parrish, hasta un lejano conocido le hubiese identificado. Arañazos, dos hematomas en el rostro, sangre en un oído, en la boca... Eso era todo. Aparecía normal, como dormido. Incluso aprecié su mechón blanco, su peca o lunar en el párpado...

Examiné ahora la radiografía. Eso era diferente. Huesos fracturados, una clara lesión en la base craneal, dos manchas oscuras en el encéfalo... Las señalé.

—¿Qué son?

—Coágulos —me explicó—. Derrames cerebrales, mortales de necesidad, ¿comprende?

—Claro —le devolví la ficha. Por aquel lado, todo estaba claro. Sabía todo eso, pero quería confirmarlo, doctor Crichton. Supongo que nadie sobrevive, con tales lesiones...

—¿Sobrevivir? Es imposible. Esta radiografía, señor Caine, es la de un hombre en la agonía. La ciencia no puede combatir ciertos destrozos.

—Creo que el difunto pasó a una empresa de pompas fúnebres tras su óbito, como es costumbre —indagué—. ¿Fue elegida por su esposa o por ustedes?

—Todos, de mutuo acuerdo —sonrió el doctor Crichton—. Estas

cosas desagradables, acostumbran a hacerse lo más rápidamente posible, suprimiendo trámites dolorosos a los familiares. Por eso elegimos The Last Luxury. Está cerca de aquí, es moderna, aséptica... Algo muy lejos de aquellos viejos negocios funerarios. Allí hay música ambiental, decoración adecuada, eficiencia, rapidez en los trámites. Un modo de hacer grato, en la medida de lo posible, aquello que siempre resulta ingrato.

—Entiendo. El último lujo para un hombre rico... —sonreí fríamente (1).

—El señor Parrish tenía buena posición. ¿Por qué privarle de eso?

—Me gustaría visitar esa empresa fúnebre. ¿Conoce usted a alguien de ella, doctor?

—Desde luego. A su director y propietario. Acuda a él, si está visible. Es un hombre muy ocupado. Se llama Morris Ambler. La gente le conoce por El Feliz Ambler. Es algo admirable, tratándose de eso oficio, ¿no cree?

—El Alegre Ambler —pensé en ataúdes, muertos y funerales, y me estremecí—. Sí, es admirable... pero todo depende del valor de las facturas.

* * *

Merry Ambler, llamado en realidad Morris Ambler, era el director propietario de El Último Lujo, tal como dijera el doctor Crichton.

Su sonrisa amplia, cordial, sus ojos brillantes, su traje cruzado, a grandes cuadros, eran más propios de un vendedor de coches usados que de un funerario. Pero eso debía levantar la moral de sus clientes ya que observé la abundancia de facturas que una eficiente mecanógrafa estaba extendiendo, en un bello papel lila, muy propio de tal negocio, para su distribución en sobres no menos decorativos, color malva, con un delgado ribete más oscuro. Una delicia de materia prima la de aquel negocio.

Estrechó mi mano dejándola casi triturada. Tenía fuerzas para boxear contra Muhamed Alí o como quiera llamarse el buen chico de Louisville, de cara a su publicidad personal. Pero estaba allí, obsequioso y afable, verdadero campeón de *public relations*, para

vender su mercancía: ataúdes, buenos funerales, música pseudo-religiosa y no menos pseudo-fúnebre en alta fidelidad, entierros o incineraciones de alto lujo, y chicas monas, vestidas de un lila enternecedor... pero con unas minifaldas y unos zapatos de tacón, aparte sus finas medias opacas color violeta, que hubieran hecho levantar a todos los muertos de sus tumbas.

—Es un placer conocerle, señor Caine —dijo, como diría a todo el mundo—. Y más, enviándole mi buen amigo, el doctor Crichton... ¿Quién es el difunto? ¿Un familiar, un amigo...?

—Un cliente —le corté, preguntándome cuántos clientes le enviarían el doctor Crichton y otros médicos de la ciudad, a mi inefable interlocutor.

—¿Un... cliente? —pestañeó. Y me pareció que no le gustaba el dato.

—Soy detective privado —puse mi licencia ante sus muy respetables narices hebraicas—. Busco a un cliente incinerado aquí. Y cuanto de él pueda saber.

—Bueno, no acostumbramos a dar información de esa clase a nadie —manifestó, repentinamente frío—. Pero si el doctor Crichton le envía, puedo darle alguna orientación a título de excepción...

—Mi cliente era Busby Parrish. Murió en un accidente de automóvil. En la clínica de su amigo, el doctor Crichton. Fue incinerado por voluntad propia. Su viuda la señora Parrish, asistió a los oficios...

—Oh, recuerdo bien el caso. Hace algunos meses de ello. —Sacudió la cabeza—. Encantadora señora Parrish.

—Encantadora —miré de soslayo a una de las *mortuary-girls*, que pasaba junto a nosotros, metiéndose entre cortinajes lila. Aprecié sus curvas, y añadí—. Capaz de competir incluso con sus chicas, señor Ambler.

—Cierto —me guiñó un ojo—. No se lo diga a nadie, pero muchos clientes vienen a las honras fúnebres, más por mis chicas que por rendir tributo al fallecido.

—Lo creo —fruncí el ceño—. Señor Ambler, ¿puede un hombre resucitar?

—¿Resucitar? —dio un respingo—. Cielos, no. Dicen que se investiga eso, pero nunca creo que se alcance... por fortuna para vivos y muertos. El mundo está bien hecho así, ¿para qué alterarlo y

complicar las cosas?

—Pues alguien lo ha alterado ya, complicándolo todo una barbaridad. Justamente, el propio señor Parrish...

—¿Qué? —me miró con ojos desorbitados, lleno de sorpresa su carillena faz.

—Su esposa cree haberle visto lleno de vida, danzando con una fulana por ahí —reí.

—¡Imposible! —rechazó el sonriente Ambler, ya sin sonrisa—. Habrá soñado... o bebió un trago de más. Ocurre a veces, cuando se queda viuda demasiado joven... y con dinero suficiente para permitirse ciertos lujos. Pero vivir el pobre señor Parrish... ¡inaudito! Yo mismo incineraré su cuerpo.

—¿Usted? —le miré, lleno de profunda curiosidad—. Seguro?

—Seguro. Venga conmigo —me llevó a un ascensor privado, acolchado en color malva, y descendimos a un sótano donde había crematorios asépticos, aire desinfectado y una serie de cámaras con vidrieras escarchadas, donde imaginé lo que podía estar esperando su turno... y me estremecí. Él me informó—: Vea. Todo automático. Todo pulcro, esterilizado, moderno, rápido y eficiente. Pero necesita una mano humana que lo manipule. Y hay ese vidrio para ver el contenido del crematorio. Asume, por favor...

Asomé. Creo que nunca olvidaré aquello.

Estaban incinerando a uno de ellos. El cadáver era visible, envuelto en algo que acaso fuera un plástico perfumado y vistoso, pero que ahora, ennegrecido por la temperatura candente del interior, por los muros a rojo blanco, emitiendo radiaciones crematorias, no tenía ya sino el aspecto de pavesas acartonadas, negruzcas en medio de las cuales humeaba un cuerpo humano rígido e inerte.

Me aparté. El zumbido de los mecanismos del crematorio seguía en mis oídos, como una obsesión. Sentía náuseas. Pero sabía contenerme en situaciones así.

—Hermoso espectáculo —mascullé—. Muy agradecido.

—Sé que no es agradable, y menos, para un profano Pero eso le convencerá. Yo oprimí el resorte de funcionamiento del crematorio eléctrico. El difunto señor Parrish estaba dentro y le vi arder, convertirse en pavesas, en ceniza finalmente. ¿Qué mejor prueba?

Asentí. Evidentemente, era una prueba. Pero si la señora Parrish

no estaba rematadamente loca, había algo que fallaba en aquella seguridad rotunda. Y, después de todo, a mí me pagaba ella. Tenía que servirla mientras no supiese que estaba con una camisa de fuerza en un manicomio.

—Evidentemente, Busby Parrish debió morir, y sus cenizas yacen en su urna de Trinity Cementery —acepté, hundiendo las manos en mis bolsillos, y examinando aprensivo, aquella pequeña ventana visora del crematorio dotada de vidrio antitérmico—. Ella debió equivocarse...

—No hay duda —asintió Ambler, volviendo la sonrisa amplia a su rostro mofletudo—. De todos modos, me hubiera gustado poderle ayudar mejor.

—Ya lo hizo —me estremecí, contemplando los paneles que ocultaban tras sí la tremenda realidad del crematorio moderno, implacable, donde un cadáver humano se convertía en simples cenizas, en vísceras, huesos y tejidos calcinados triturados por el calor formidable de un recipiente abrasador. Nadie podía salir vivo de allí. Y allí dentro estuvo una vez un hombre a quien ahora su esposa había visto —o creído ver— en un club nocturno de Jersey City, llamado Vampyr.

Regresé a la planta alta. Ambler me llevó a una amplia sala de altos cortinajes amoratados, con negros crespones, muy livianos. Asientos con tapizado malva. Un túmulo, sobre el que reposaba una cruz de metal, en piedras violáceas. Música de órgano, melosa y dulzona, evocando acaso el réquiem de Mozart o la Toccata y Fuga de Bach. Nunca he sido muy experto en música clásica, y me hago un lío con los grandes maestros y sus obras.

Había poca gente en el funeral. Un hombre muerto ardía lentamente allá abajo, sin llamas. Se percibía difuso, el suave zumbido de los calefactores de incineración. Nadie parecía saber qué producía aquel ruido lejano. Ni falta que hacía. Todos parecían estar por simple rutina, allí. Por cumplir una obligación social o poco menos.

Todos, menos ella.

Ella me atrajo enseguida. Era mujer, y eso significaba ya una razón. Además, era rubia y bonita. Dos razones más. Y de peso.

No era el rubio brillante y sedoso de la señora Parrish, sino un color de oro viejo, suave, apagado. Pero era más esbelta, más bella

y más joven que la viuda. Me encontré con sus tristes, llorosos ojos pardos, muy abiertos. Me miró. La miré.

Ella vestía de oscuro. Negro y gris humo. Presidía el funeral. Tenía un cuerpo esbelto y unas piernas bonitas, con medias color humo y falda bastante corta. Sus muslos merecían eso y más. Tenía seno pequeño firme, juvenil.

Me volví a Ambler. Le pregunté:

—¿Quién es la chica?

—La hermana del difunto de turno —Ambler volvió a guiñarme un ojo, con cínica indiferencia por su trabajo y el ambiente que le rodeaba—. Sheila Corman es su nombre. Dustin Corman es el que se quema abajo. Tenemos cosas así cada día: inhumaciones, incineraciones y todo eso. Otros eligen panteones suntuosos, ataúdes de gran lujo, grupos angélicos, criptas, auténticas iglesias en pequeño túmulos, monumentos... Créame, cuanto más se conoce al ser humano, menos se le entiende. Piensan con la misma estupidez sobre su muerte que sobre su vida.

—Si no fuera por eso, ¿de qué viviría su negocio? —sonreí.

—Eso es cierto —me dio un palmetazo, y fuimos hacia la salida. Vamos, señor Caine. Imagino que no va usted a disfrutar demasiado en un sitio como éste.

—Acertó —miré atrás, a la chica de luto, y ella, en ese momento, giró la cabeza mirándome de nuevo. Nuestros ojos se cruzaron en una ojeada rápida. La vi bajar la cabeza, instintivamente.

Salimos. Atrás quedo la música religiosa, el zumbido del motor de incineración, el funeral de los Corman, las chicas de falda corta, medias lila y alto tacón. Y el negocio, próspero negocio, de Morris *Merry* Ambler. Con la hábil explotación de la manía de mis compatriotas por servirse un «más allá» lleno de glamour, comodidad y lujo.

Me detuve en una cabina pública. Telefoné a mi amigo Franciosa. Lo encontré en la oficina, todavía jadeante. Acababa de llegar de sus diligencias por la ciudad.

—Abandona toda esperanza, hermano —me susurró—. El hombre muerto en la clínica era, en realidad, quien dicen que fue: Busby Parrish. Todos los datos antropométricos coinciden. Las cenizas de Trinity Cementery son de un ser humano, evidentemente,

conforme me ha referido el forense de servicio, con pruebas evidentes.

—Bien. ¿Algo sobre la chica Lorelei?

—Sí. Bastante. Es una muchacha de suerte. Bonita, atractiva, muy frívola. Vive de su oficio, y hace bien. Tiene un piso en Riverside Drive.

—¿Riverside? Eso me queda cerca de aquí. ¿Dónde, exactamente?

—La Ciento Ochenta Oeste. El ochocientos cincuenta y dos. Cerca de Lafayette. Apartamentos George Washington Bulding. Allí vive Lorelei Liliom. Nombre auténtico, Jean Silverstein.

—Seguiremos llamándola Lorelei Liliom. Es menos vulgar

—torcí el gesto—. ¿Algo más de esa chica?

—Es la típica fulana de cierta categoría. Gasta dinero, vive a lo grande. Pero parece buena chica. Frecuenta mucho el Birdlanr, en Broadway. ¿Qué vas a hacer, Caine?

—Naturalmente... conocer a Lorelei Liliom —dije, sarcástico.

CAPÍTULO III

Lorelei Liliom.

Allí estaba ella. No había nada especial en su aspecto. Era como todas ellas. Más o menos pelirroja, más o menos rubia, más o menos exuberante de formas, más o menos agresiva, más o menos descarada.

Lorelei era pelirroja, bastante opulenta. Y bastante descarada. O quizá lo hiciera la bebida. Cuando la conocí acababa de recibir un combinado del *barman*. Y éste comentó, algo desabrido:

—Llevas demasiados, Lorelei. Al menos, ocho...

—Siete solamente —rió ella, alejándose con un contoneo de caderas.

Yo la seguí. Estaba sola, al menos de momento. Era buena ocasión para intentar el abordaje. Y lo intenté.

El Birdland es el llamado Jazz Corner of the World. Y ese Rincón del Jazz Mundial, está situado en Broadway, a la altura de la Cincuenta y Dos. No se baila en él; solamente se escucha buen *jazz*. Y se degustan unos asados que son de lo mejor de Nueva York. A mí no me importaba demasiado el *jazz*. Ni los asados. Era Lorelei mi objetivo. Y a esa pieza me lancé.

No era difícil de abordar. Especialmente, si uno exhibía dinero.

Procuré exhibirlo. Era una de mis bazas, y debía explotarla. Aparte de eso, sé que tengo «gancho» para las mujeres. No soy guapo, pero creo que eso a ellas no les interesa tampoco demasiado. Soy rudo, no mal parecido, atlético y fuerte. Eso sí les atrae siempre.

Yo atraje a Lorelei.

Me sonrió dos veces, aunque bailaba de vez en cuando con un tipo con aire de *play-boy* de medio pelo. Luego, «cazó» a un tipo gordo, apoplético, seboso y con dinero. La invitó a combinados. Ella aceptó. Pero cuando el hombrecillo se distraía o se ausentaba a los

lavabos ella volvía a sonreírme. Al final, me guiñó un ojo.

Cuando fue ella quien se levantó a la *toilette*, con su peculiar contoneo de caderas, copiado acaso de Marilyn Monroe en *Niágara* —aunque debió verla en *reprise*, por la televisión— la seguí.

Salía de los servicios para damas cuando la encontré. O mejor, ella me encontró a mí. Le extendí un cigarrillo que yo acababa de encender en mis labios. Lo tomó. Lo fumó, con lentitud. Me sonrió, maliciosa.

—Hola —le dije.

—Hola —me contestó ella.

Se quedó mirándome, insolente, balanceando su bolso de buena piel. Su descote era tan profundo, que no quedaba rincón de su exagerado busto por escudriñar.

—Me gustas —le dije.

—Y tú a mí —confesó ella. Luego se encogió de hombros—. Pero...

—Pero... ¿qué?

—Ese tipo gordo, Lumet. Me da náuseas.

—Pues te arrimas bastante a él.

—Tiene dinero. Y bebe mucho. Es generoso cuando bebe. Es mi trabajo, encanto.

—Lo imagino. ¿Te gusta tu trabajo?

—¿A quién le gusta su trabajo? —refunfuñó—. Pero hay que hacerlo.

—Claro —hundí la mano en el bolsillo. Saqué billetes. Varios billetes de cien. Reí, al ver su gesto—. ¿Vanos a divertirnos tú y yo, pelirroja?

—Cielos, ¿a quién has atracado hoy? —se animaron sus ojos azules, codiciosos, fijos en los billetes casi amorosamente.

—A un tipo griego, pequeño y feo. Dicen que se llamaba Onassis —solté una carcajada, y ella rió también de buena gana—. Tenía muchos más. ¿Vienes?

—Más tarde —volvió a guiñarme un ojo, se recostó en mí, apretándome con sus pechos, y me besó la barbilla y la boca, insinuante. Luego se irguió más discreta—. Lumet me hace vomitar pero viene con frecuencia. En los días malos, le llamo y me ayuda. Es una perra profesión la mía. Hay que bailar el agua a la gente, por sucia y asquerosa que sea. No sería honesto tomarle el pelo hoy. Ni

práctico, digo yo. Estaré un par de horas con él por ahí, destrozando los zapatos. Pero él sabe agradecer esas cosas. Luego te veré.

—Luego... —me quejé—. Volarás como una mariposa. En qué flor podré hallarte, pelirroja?

—Donde tomo el néctar final y duermo entre los pétalos —rió. Me puso una tarjeta de visita entre los dedos. Me susurró, confidencialmente, mordiendo mis labios—: Es mi casa, mozo. Te espero. Si das diez dólares al conserje subirás. Si no ni lo sueñes.

—Valdrá la pena darle veinte —besé la tarjeta y la metí en mi bolsillo.

—Entonces te subirá en el ascensor él mismo —soltó una carcajada y me pellizcó—. Aún no sé tu nombre, mozo.

—Steve —dije.

—Me gusta... No faltes, Steve. Te esperaré. De la una en adelante.

Se alejó, cimbreado sus caderas provocativamente. La contemplé. Tenía gracia para eso. Me imaginé la escena con Glenda Parrish, en el Vampyr, y casi lloré de risa. Me hubiera gustado estar presente.

Consulté luego mi reloj. Las once menos cuarto solamente. Volví a la sala del Birdland. Casi llegué tarde. Ellos se iban. Juntos. En su mesa, quedaban dos combinados a medias, una carterita de fósforos a medio usar. Me acerqué. Tome la carterita.

No era del Birdland. Pertenecía a otro club nocturno, el Zodiac. Quedaban cosa de tres fósforos en el interior del negro cartuchito. Sorprendido, leí su publicidad:

ZODIAC CLUB
BEBIDAS SANAS —MUSICA ESPIRITUAL
SOLO PARA MIEMBROS ESOTERICOS CREYENTES

La dirección, era un lugar en Henry Hudson Parkway, al norte de Riverside Drive. La carterita de cerillas me recordó algo. Fui al teléfono. Llamé a Franciosa a su casa.

No estaba acostado aún. Me contó que le sorprendía leyendo *Moby Dick*, de Melville. Eso me importaba un rábano. Le pedí datos sobre el Zodiac Club.

—No lo conozco —confesó.

—Tendrás algo en tus archivos —dije—. Me hablaron de que Avery F. Merrick, el supuesto «doble» de Parrish, era de religión zodiacal-esotérica. Puede tener alguna relación, ¿no te parece?

—¿Y yo qué diablos sé? —se enfureció él—. Me tiene un cuidado eso de la religión esotérica-zodiacal y demás zarandajas. ¿Sabes cuántos cultos y sectas religiosas hay en nuestro bendito país? Al menos mil doscientas. Y de ellas, mil ciento ochenta son un fraude, una estafa o un cuento chino.

—Quiero que busques datos de ese local y de su reunión con la religión de Merrick —le exigí—. Y datos rápidos. Voy a colgar. Te llamare en diez minutos.

—¡Vete al...!

Colgué. Salí, fumando un cigarrillo. Consulté el reloj, a los diez minutos, llamé. El pobre Happy me soltó una barbaridad por el teléfono. Luego, me informó a regañadientes:

—Tenías razón. El Zodiac Club es una especie de tabernáculo aunque yo le llamaría más bien taberna. Es un club lujoso; Tanto, que, si eres socio, te cuesta veinticinco dólares la entrada y consumición. Y si no lo eres, cincuenta. Se beben zumos de frutas. Nada de alcohol, nada de procacidad ni erotismo. Mujeres y hombres beben zumos, se miran, hablan y discuten de la influencia de los astros en el destino del hombre. Pero con poca luz y con reservados. De modo que eso de la religión zodiacal me merece cierta opinión.

—No la des —le corté—. ¿Avery F. Merrick era socio de ese club.

—Infiernos, sí. Tengo sus datos aquí. Socio de número. Eso quiere decir que pagaba por meses, fuese o no. Pero no existe indicio de que Busby Parrish fuese socio también.

—Muy bien —asentí—. Era cuanto quería saber. Ahora, voy a tirar cincuenta dólares en beber un asqueroso zumo de frutas y hablar de los astros.

Colgué. Y me fui al Zodiac Club.

* * *

—Bienvenido a su nuevo hogar, querido discípulo. Yo soy el

profesor Zodiac.

Así se presentó el hombre a mí. Le miré, por encima de mi copa de zumo de frutas con aroma y sabor a hierbas medicinales.

—No soy un discípulo —dije—. Sólo soy un nuevo cliente.

—Cada uno de nuestros nuevos clientes son discípulos en potencia, llamados por el influjo poderoso de los astros. Seguramente la conjunción de Venus con Sagitario, ha provocado que usted, un inconfundible Piscis... —Lo siento —corté—. Soy Escorpión.

—Bueno, eso respecto a su nacimiento— siguió, sin inmutarse. Pero Piscis influye esta noche poderosamente en las acciones de los hombres, y yo, el profesor Zodiac, estoy dispuesto a abrir las puertas del secreto de la vida y del destino de los humanos a quien entre aquí para vivir en la paz y la bienaventuranza de la gran armonía universal simbolizada por los doce signos zodiacales que movieron al mundo desde su Creación.

Le escuché, divertido. El profesor Zodiac era un farsante, como cualquier otro de los que difunden esas raras religiones americanas, llenas de simbolismos que ni ellos entienden. Al que se deja embaucar le deslumbran. Al que no se traga el cuento, le divierten.

No le faltaba presencia. Era altísimo, fuerte, con smoking azul cobalto de solapas de brillo deslumbrantes, camisa rosada, amplia capa de terciopelo azul, con forro de raso, salpicada de signos zodiacales en lentejuelas, y sombrero de copa de reflejos azulinos. Unos cuarenta años de edad como máximo. Grandes ojos negros, profundos, cabello muy blanco, sedoso y abundante piel bronceada, fino bigote canoso...

Miré a ambos lados. Jóvenes y maduras damas todas ellas con valiosas joyas y modelos de la Quinta Avenida, escuchaban fascinadas, su fácil palabra, de pastosa y cálida voz. Todas tomaban zumos de fruta. Todas lucían breves faldas, profundos descotes.

Cuando vio que no le hacía caso alguno, se alejó, con aire ofendido, escoltado por media docena de las clientes femeninas. Tardó en regresar. Cuando lo hizo, a la sala oscura, larga, donde los motivos decorativos eran astrales y los signos zodiacales luminosos en los muros, observé que venía con las mejillas enrojecidas, y algunas manchas de *rouge* en su rostro. Evidentemente, el movimiento esotérico-zodiacal era divertido. Sobre todo, si uno

quería divertirse, fuese hembra o varón.

La música, tan pegajosa y dulzona como las bebidas de frutas, empezaba a irritarme. Me incorporé para salir de allí. El profesor Zodiac volvió a detenerme, junto a la sobria barra en que bebían jóvenes absortos como ausentes. Chicas que me recordaban a drogadas o hipnotizadas. Quizá tenía un poco de todo eso la bebida, las luces cambiantes, los reflejos de los signos zodiacales luminosos en los muros negros.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Ya se marcha el nuevo discípulo de los astros y su sabiduría?

—Sí, profesor —bostecé—. Me aburro soberanamente, a pesar de lo que dijo mi amigo.

—¿Amigo? —él pestañeó, mirándome. De su mano iba una jovencita soñolienta, de rostro enrojecido, de mirada ausente, que sin duda sería muy dócil alumna en manos del sabio «profesor»—. ¿Acaso le envía un amigo común?

—Sí, eso es —admití como de mala gana.

—No me dijo antes nada de eso —se quejó él.

—Acaso lo olvidé. Es un buen discípulo de su doctrina, profesor. Me habló maravillas de todo esto.

—¿De veras? ¿Puedo saber el nombre de ese discípulo tan querido y leal?

—Avery F. Merrick —dije con cinismo—. Un buen chico y un gran fotógrafo profesional.

—Oh, Merrick... —mostró entusiasmo. Sus ojos brillaron. No aparentó sorpresa ni, mucho menos, recelo. Pero era un gran farsante; había que tener cuidado con él—. Excelente persona, el amigo Merrick... Un discípulo joven y entusiasta como pocos. Adora a los astros, le fascina el influjo zodiacal en los humanos. El conoce el verdadero camino como todos los elegidos del Creador. Por favor, quédese. Siendo amigo de Merrick...

—Lo siento —rechacé—. Si he de serle sincero, esto no me convence demasiado. Merrick puede estar fascinado, pero yo, no. Busco algo mejor.

—No sabe lo que es Zodiac —dijo, fervoroso—. No solo un club de reunión para disfrutar de la paz y el sosiego. No solo una reunión entre amigos del alma, discípulos todos... Zodiac es, también... «Spirit».

—¿«Spirit»? —indagué, sin entender bien aquel nuevo término.

—Claro. La senda de los astros hacia el otro plano astral del ser viviente. El contacto personal con el espíritu. ¿No entiende? ¿No le habló Merrick de ello?

—Me temo que no —dije—. O no lo recuerdo. Algo dijo del espíritu, sí, pero...

—A eso se refería —declaró, triunfal, el profesor Zodiac—. A «Spirit».

—Y... ¿qué es «Spirit»?

—La cima. La cumbre de los humanos poderes esotéricos. El contacto con... el «más allá». La conversación con los que se fueron. Con los que no vuelven más, en humana materia.

—¡Espiritismo! —dije.

Tosió, indignado. Enrojeció. Miró a su hipnotizada, estúpida compañera, que flotaba como si estuviera entre nubes, perdida la mirada. Luego, me miró a mí, iracundo casi.

—¡Espiritismo! —se escandalizó—. ¡Qué término más soez y más burdo mí querido discípulo! Yo hablo del contacto supremo del Hombre con su Espíritu. Sin trucos, sin teatralidades. El encuentro, la entrevista con los muertos... pero sin mesas, naipes, ruidos ni «médiums» vulgares. Eso es «Spirit». El supremo goce de los leales a Zodiac.

No entendía mucho, pero, al parecer, la farsa iba lejos. Muy lejos. Incluso a una forma complicada y altisonante de practicar el espiritismo. Cualquier cosa para sacar dinero, pensé. Pero seguí la comedia. Me convenía ahondar en Zodiac, en «Spirit», en lo que fuese. El caso era buscar a Avery F. Merrick... y encontrarlo, si ello era posible.

—Eso cambia —mentí fríamente—. Me fascina la búsqueda de lo parapsicológico...

—Esto es más, mucho más que eso —confesó él, susurrante—. Esto es la elevación al plano astral supremo. Venga esta madrugada, mí querido discípulo. Allí verá a su amigo Merrick, posiblemente. Venga a «Spirit».

—¿Aquí mismo?

—Cielos, no —rechazó él—. «Spirit» es otro lugar. Más aislado, más lejano, más puro. Empieza a las tres...

—¿De la madrugada?

—Sí. Cuando las gentes duermen, cuando la ciudad reposa... el espíritu se eleva más y más. A las tres en punto, no lo olvide. Ultimo piso del Edificio Parque. Setenta y Dos Este, esquina a Park Avenue. Tenga. Esto le franqueará la entrada.

Me dio algo. Un objeto. Lo contemplé. Era un disco con los signos del Zodíaco, en negro y plata. No mayor que una moneda de medio dólar. Lo guardé.

—No faltaré. ¿Cree que Merrick y yo nos encontraremos?

—Estoy convencido. El nunca falta a las madrugadas de «Spirit».

Le estreché la mano y me dejé llamar «discípulo» otra vez. Abandoné el Zodiac Club, y me alejé en la noche neoyorquina, preguntándome cuántos chiflados puede llegar a haber en una urbe como Nueva York, y cuántos incautos caen en redes como las del profesor Zodiac y su supuesta doctrina esotérica. A mí, todo aquello, me parecía un negocio perfectamente montado. Y posiblemente lo era. Pero eso resultaba secundario. Lo importante era Merrick. O Parrish, como era su verdadero nombre.

¿Quién era cliente del Zodiac? ¿El gordo Lumet, o la pelirroja Lorelei? ¿Le dio, tal vez, Merrick-Parrish, la carterita de fósforos a Lorelei? Todo era posible.

Pero yo quería hablar con Lorelei. Y faltaba poco para la cita con ella, en su apartamento. Tuve la impresión de que había perdido lastimosamente la espera, visitando aquel club donde solo se bebían hierbas y se escuchaba música adormecedora. Sin embargo, no podía despreciar una pista, por pequeña que fuese.

Tomé un *whisky* doble, y sin hielo ni soda, en un bar de Riverside, para borrar de mi paladar el sabor dulzón de las hierbas y frutas del Zodiac. Luego, seguí hasta el 52 de la Ciento Ochenta Oeste.

Allí estaba el edificio George Washington. Alto, rojo, de ladrillo. Apartamentos de lujo.

Recordé las indicaciones de ella. Di veinte dólares al telefonista de noche, un tipo pequeño y contrahecho, todo sonrisas, en especial cuando vio el color de los veinte dólares en papel del Tesoro, que me dejó en el ascensor, aunque solo porque el teléfono le requirió entonces insistentemente, desde la centralilla.

Subí la planta decimosexta, donde Lorelei tenía su apartamento. Justamente en la puerta 1.612.

Estaba bien seguro de que a la pelirroja de las caderas cimbreantes no le sacaría gran cosa, si no le daba a cambio algo. El romance era inevitable. Y, después de todo, no resultaba una idea demasiado ingrata. La chica no estaba nada mal para divertirse un rato, en la intimidad de su apartamento.

Me equivoqué.

Quizá hubiera sido todo, de ese modo. Pero llegué tarde a la cita con Lorelei Liliom.

Solamente siete minutos tarde, por mi reloj. Pero creo que era suficiente.

Para entonces, Lorelei Liliom ya estaba muerta.

CAPÍTULO IV

Muerta.

Y bien muerta, puedo jurarlo. No había empezado a enfriarse su epidermis todavía, pero era lo mismo. Llevaba algún tiempo sin respirar en el mundo.

La contemplé, en silencio. Me pregunté si la botella de *whisky*, los vasos vacíos, limpios, y el disco en el plato, habían sido preparados para mí. Y me dio pena. Mucha pena por aquella muchacha de pelo rojo y formas exuberantes, muerta allí, sobre la moqueta rojo oscura. Muerta de un modo estúpido y brutal. Muerta por alguien.

Porque la habían asesinado. Salvajemente. Sin andarse con rodeos. A golpes. Hasta hundirle a la pobre chica su bonita cabeza pelirroja, que ahora enrojecía un mar de sangre. Había perdido un zapato de alto tacón. Se le había levantado el vestido sobre los muslos. Su seno asomaba, agresivo. Pero todo eso había dejado de tener atractivo. Era solamente un cadáver. Y un cadáver, por hermosa que haya sido la persona antes de morir, no resulta nunca sexy.

Contemplé el arma homicida, sin tocarla. No serviría de nada, posiblemente, pero no iba a hurgar en ella borrando alguna posible huella. De algo ha de servir, ser policía, aunque sea privado.

Utilizaron un objeto contundente. Era un idolillo africano. Largo, feo y negro, hecho en madera de caoba. Pero con un pesado pie de bronce. El pie estaba ensangrentado. Y tenía cabellos rojos adheridos.

Miré en torno, buscando alguna huella, algo que indicase la forma en que el visitante llegó al apartamento y cometió aquel horrible crimen. No vi nada. Eso de las pistas cómodas y los olvidos de los asesinos ingenuos, solo se da en la televisión o en las novelas pasadas de moda, pero nunca en la realidad.

Fui al teléfono. Utilicé mi pañuelo para tomar el auricular. Llamé abajo.

—¿Qué desea? —preguntó el telefonista, todo amabilidad.

Yo le corté su buen humor secamente:

—Llame a la policía. Es urgente. Han matado a Lorelei Liliom.

* * *

El teniente Douglas Shayne es buen amigo mío, a pesar de que no le gustan los detectives privados.

En esos momentos, creo que estaba luchando entre esos dos sentimientos contradictorios, sin definirse por ninguno de ellos. Pero no perdía de vista a la pobre Lorelei.

—Espero que me cuente lo que sucede, Steve —me dijo, casi amenazador.

—Ya ve lo que sucede, teniente —dije, todo ingenuidad—. Mataron a una amiguita. Y le avisé enseguida de hallar el cadáver.

—Aquí hay algo más. No era una simple amiguita. Hay una relación profesional.

—Bueno, la profesión de ella es atender llamadas telefónicas —me encogí de hombros—. De modo que está en lo cierto.

—Me refería a la profesión de usted, no a la de ella.

—Oh, entiendo. Quiere sugerir que ella y yo...

—Exacto. Quiero sugerir que ella y usted se conocieron por alguna razón especial. No me venga con enredos, Steve. Si encubre pruebas, puedo despojarle de su licencia.

—No hay prueba alguna en todo esto. Sé tanto como usted sobre el crimen.

—Entonces, cuénteme lo que sepa... sobre lo demás.

—Es confidencial, teniente. Secreto profesional, un cliente.

—Al diablo con todo eso. Hay un asesinato por medio. Lo altera todo. ¿Va a hablar?

—Está bien —confesé—. Voy a hablar, sí.

Y hablé. No tenía otro remedio. Conozco bien a Shayne, y sé cuándo tengo perdida una batalla.

Me escuchó atentamente, en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez. Le oculté todo lo posible, pero no era mucho. Estaba obligado a revelarle gran parte de los hechos.

Al final, Shayne se rascó los cabellos de su nuca. Me miró, hundiendo sus manos en los bolsillos de su sobretodo.

—No lo entiendo —confesó.

—Ya somos dos —suspiré—. Empezaba a pensar si me había vuelto un atrasado mental.

—No puedo entenderlo, Steve —repitió—. Esa historia del resucitado, la chica muerta en el apartamento. El accidente, la clínica, la funeraria. Todo coincide. Los muertos no vuelven a la vida. Y menos, si han sido convertidos en ceniza.

—Es lo que yo digo. Pero Glenda Parrish vio a su marido.

—¿Cabe un error, una confusión?

—No —rechacé—. Demasiadas coincidencias. Cabe que ella lo imaginara. Pero la descripción coincide. Y en el Vampyr recordaron al hombre, apenas lo describí. Era él. O su doble exacto.

—Acaso alguien quiso gastar una mala jugada a la viuda, y caracterizó a alguien como si fuera su esposo.

—No tiene mucho sentido, teniente. Además, ¿usted confundiría a alguien, por bien caracterizado que estuviese? ¿Pasaría por alto el maquillaje, el truco, los afeites?

—No —admitió él, de mala gana—. Pero ha de tener una explicación razonable, ¿no?

—Quizá ella la tenía —señaló a Lorelei—. Y la mataron.

—Sí, la mataron —paseó por la estancia, profundamente pensativo—. El telefonista no vio entrar a nadie sino a ella, luego a usted. ¿Dónde está el asesino?

—No lo sé. Acaso esperaba oculto, aquí dentro.

—¿Se da cuenta, Steve, de que usted es un sospechoso ideal ahora? —me espetó él, de repente.

Torcí el gesto. No me gustó su comentario. No me gustó, porque yo había pensado ya lo mismo, un poco antes. Sacudí la cabeza, afirmativo.

—Si —confesé—. Sólo falla el motivo. No lo tengo.

—Hay crímenes morbosos, sexuales... Es una explicación, ¿no?

—A mí me gusta besar a las chicas, no matarlas —protesté.

—Está bien —sonrió, agitando una mano—. Era una broma, Steve. Ya sé que no lo hizo usted. Pero parece como si alguien hubiera preparado las cosas para que lo aparentase. ¿Oyó alguien su cita?

—No. Ella iba con un gordo de dinero, un tal Lumet. Pero si no se lo dijo luego, y no parecía dispuesta a decírselo... no pudo saberlo. Hablamos a solas.

—¿Está seguro de que no la seguía alguien más que usted, que pudo oír su charla?

—No, no estoy seguro —tuve que confesar, disgustado—. Pudo ocurrir, así, teniente.

—De todos modos, haré registrar el edificio, por si aún sigue aquí dentro. ¿Qué va a hacer usted, entretanto?

—No sé. Buscar algo por ahí.

—Algo... ¿cómo qué? —frunció él su ceño.

Sacudí la cabeza, evasivo. Caminé hacia la salida.

—Aún no lo sé. Pero cobro por poner en claro el asunto Parrish. Debo hacer lo que sea.

—Recuerde esto, Steve: si me oculta alguna prueba, le quitaré su licencia. Este era un asunto suyo, pero ahora es mío. De Homicidios. Un detective privado no tiene nada que hacer en un crimen, al menos fuera de las malas películas y las novelas baratas. No lo olvide.

—Procuraré no olvidarlo —rezongué, de mala gana.

Y dejé el apartamento donde alguien había llegado antes que yo a la cita con Lorelei Liliom. Alguien que tapó para siempre la boca de Lorelei.

Alguien que pedía estar cerca todavía. Un asesino. Un peligroso asesino.

Cuando crucé ante el telefonista de abajo, él ni me miró. Estaba pálido, inquieto, rodeado de policías. Me dejaron salir, tras telefonar arriba, al teniente Shayne.

Salí a la calle, alejándome del edificio George Washington, hacia Lafayette, donde había aparcado mi coche.

De repente, le vi.

Estaba allá, en la esquina. Asomado, cauto, vigilante. Pálido, inquieto. Pero inconfundible.

Eché a correr hacia él. Le llamé por su nombre bruscamente:

—¡Eh, espere! ¡Parrish, espere! ¡No se vaya, Parrish, Merrick o quienquiera que sea!...

Pero él echó a correr, huyendo de mí. Y yo no sabía si era Busby Parrish... o Avery F. Merrick.

Sólo sabía que era el hombre que estaba buscando. O su fantasma.

* * *

Parrish, el muerto, O Merrick, el vivo. O ambos a la vez.

Quienquiera que fuese, era él. Huía ya de mí, desesperadamente. A la carrera.

—¡Vuelva! —aullé—. ¡Asesinaron a Lorelei, regrese! ¡Sea usted quien sea, vuelva acá, soy un amigo! ¡Me envía Glenda, su mujer...!

No giró la cabeza una sola vez. No hacía falta. Era él. Fuerte, bronceado, con el mechón canoso, con el rostro enérgico, con la elasticidad de quien ha hecho deporte. Parecía asustado. Escapaba a largas zancadas. Y debo admitir que el endiablado tipo corría mucho más que yo, pese a mis largas piernas. El suyo era un *sprint* infernal.

Rodeó Lafayette, metiéndose por la Ciento Ochenta y Uno Oeste, en busca de Pinehurst Avenue, pero desviándose luego hacia una calleja lateral, una especie de pasaje particular, entre dos altos edificios colectivos.

Le seguí, dispuesto a no perderlo, por nada del mundo. Le alcanzaría, aunque corriese derecho hacia el mismo infierno. Estaba decidido a ello. Y su poderoso sprint estaba empezando a ceder, por momentos. Ya notaba que iba yo ganando paulatinamente terreno, aunque todavía en escasa proporción.

Mis voces no servían de nada, de modo que ahorré energías, puesto que él, aunque tuvo que escucharme en todo momento, a menos que fuese sordo como una tapia, no hizo la menor acción de atender mi demanda. Ahora todo mi esfuerzo estaba en respirar adecuadamente para que mi carrera fuese rítmica, segura, infatigable.

El pasaje terminaba en otra calle bien iluminada. La silueta huidiza del hombre del mechón blanco, se dibujaba, nítida, sobre el fondo de las farolas de alumbrado.

De repente, apareció el automóvil.

Era un poderoso turismo oscuro, con los faros encendidos, como dos cegadores ojos en la noche. Apareció al fondo del pasaje. Se vino derecho hacia el fugitivo Y hacia mí.

Su ancha carrocería, bloqueaba virtualmente la calle. Mi perseguido se paró, deslumbrado, llevándose un brazo a la frente, para escudriñar ante sí y ver una salida. El motor del vehículo roncó poderosamente, acelerando hacia él.

—¡Cuidado, Parrish! —aullé, extrayendo con rapidez mi automática Walter PP, calibre 32. Un arma de casi setenta dólares, de origen alemán, y con diez balas en el cargador. Un arma eficaz en todas partes. Y en todo momento.

Parrish —o Merrick—, trató ahora de huir del automóvil, al comprender que éste le arrollaría, si seguía adelante. Dio media vuelta, vino hacia mí... y entonces la fortuna le volvió la espalda.

Tropezó en la tapa metálica de un acceso al subsuelo urbano. Trompicado, fue a caer contra la pared, y perdió el equilibrio. De rodillas, se incorporó, veloz, y trató de correr. Era tarde.

Yo disparé contra el automóvil, precipitadamente. Uno de sus faros se quebró, apagándose bruscamente. Y un solo ojo luminoso, como terrible Polifemo de metal, lanzado, ávido, sobre su víctima, brilló en el pasaje...

Oí crujir los huesos de aquel hombre fuese quien fuese, cuando el automóvil pasó sobre él como una apisonadora vertiginosa. Le arrojó salvajemente, y debió triturarlo contra el muro.

Luego, siguió su carrera, dando tumbos sobre el atropellado. Y se vino hacia mí.

Todavía con el horror de la escena presenciada, saqué fuerzas de flaqueza para dar media vuelta y correr también, a la desesperada, hacia el extremo de la calleja, perseguido por el asesino de cuatro ruedas. Su único faro intacto, era un destello cegador a mis espaldas, proyectando sobre el asfalto una larga, gigantesca sombra de mí mismo, que parecía volar ante mí, aturdiéndome.

Desgraciadamente, me hallaba casi a mitad de la calle, y el trecho a recorrer para salir de aquel cepo de muerte, era muy grande. En especial, teniendo que luchar contra un motor de muchos caballos, lanzado tras de mí, como un potro desbocado y cruel.

Me volví a medias, durante mi carrera, disparando dos o tres veces más. Sentí estrépito de vidrios alcanzados, maullido de metal. Pero todo ello no frenó el rugido mortal de mi perseguidor.

Ya estaba casi al final de la calle, cuando el coche me dio

alcance.

Me volví, disparé contra el parabrisas, contra el radiador, rabiosamente. Vi saltar el tapón de su radiador, arrancado por un balazo, y sentí chirrido de frenos, el aullido acre de las gomas sobre el asfalto, el trepidar del metal, chocando contra los muros, ya casi encima mío el monstruo rodante...

Me golpeó. No arrollándome, como al desdichado Parrish o Merrick. Pero me pegó brutalmente con el guardabarros, me derribó contra el muro, donde reboté saltando milagrosamente fuera del pasaje.

Luego, el coche se abalanzó sobre mí otra vez, zigzagueando con fuerte olor a gasolina, chisporroteando algo en su motor, despidiendo humo.

Sentí otro topetazo brutal, no supe si del guardabarros o de las ruedas. Caí. No supe tampoco si fuera o debajo del coche. Mi cabeza rebotó en el asfalto, sentí que todo se desmoronaba sobre mí... y perdí por completo la noción de lo que me rodeaba.

Me hundí en la sombra, en la oscuridad, sabiendo que había perdido incluso mi arma. Y que ahora, quizá, empezaba a perder la vida bajo las ruedas del coche.

Lo último que distinguí fue aquel redondo, luminoso ojo solitario, centelleando en la negrura.

Luego, todo se borró. Y dejé de ser, dejé de pensar, de existir.

CAPÍTULO V

Conocía aquel rostro. Lo había visto antes de ahora.

Pero me era imposible recordar dónde. Me era imposible recordar, pensar, evocar alguna cosa. Sólo sabía que no era la primera vez que veía aquellos ojos astutos, aquellas gafas, aquella expresión inteligente y preocupada.

El rostro flotaba ante mí, como un globo o un reflejo. Parecía bailotear entre densas brumas irreales, que cerraban los contornos de las cosas.

Luego, oí su voz tranquila, afable, fríamente profesional:

—¿Cómo va eso señor Caine? ¿Mejor?

«¿Quién diablos era el señor Caine?», pensé. Luego, me dije que debía de ser yo, pero no estaba seguro. Tras un silencio, la voz insistió:

—¿Siente dolor, señor Caine? ¿Alguna sensación especial?

Flotaba el rostro. Flotaban las cosas. Flotaba yo. Flotaban mis pensamientos, mis recuerdos deshilvanados. Aun así, supe coordinar unos sonidos, unas ideas. Me escuché a mí mismo:

—No me duele nada. Es... es como si no tuviera cuerpo. Floto...

—Eso pasará enseguida —sonrió aquella cara flotante. Una luz blanca centelleó en los vidrios de sus gafas, y me estremecí. Recordé algo: una luz redonda blanca, un motor que rugía.

Cerré los ojos. Respiré hondo. Cuando volví a abrirlos, la bruma se disipaba. Y el rostro ya no flotaba. Había un cuerpo. Con bata blanca. Y una habitación blanca. Y una cama blanca. La mía...

—¿Va pasando? —sonrió él.

—Si —musité—. Va pasando...

Me mantuve quieto. Ya todo tenía forma. Y luz, color. Un color blanco, casi uniforme, irritante. Un hospital, pensé. El pareció leer mis pensamientos.

—Está bien. A salvo. En mi clínica.

—¿Clínica? —musité.

—Soy el doctor Crichton. Tiene que recordarme, señor Caine.

—Oh, sí. La clínica de Traumatología. El doctor Crichton...

—Exacto —asintió él—. Tuvo suerte. Esta noche pudo morir.

Claro que pude morir. Ahora ya recordaba. Ya sabía...

—¿Qué pasó finalmente? —me interesé, cansado—. Con el automóvil, quiero decir...

—Le arrolló, sin aplastarle. Le lanzó fuera de las ruedas. Luego, se incendió y estalló. Unos testigos le sacaron del lugar, a tiempo. Un policía le trajo aquí. Mi clínica tiene fama, señor Caine.

—Y... ¿y los ocupantes del automóvil?

—No sé nada de eso —se encogió de hombros—. Sólo me preocupa usted, que es mi paciente. Tiene magulladuras, rasguños. Es todo. Estará bien, en breve. Unos días aquí, y como nuevo.

—¡Unos días! ¡No, no! —rechacé.

—Vamos, calle. No discuta, señor Caine. Debe descansar no se excite.

—Doctor... Doctor Crichton, una pregunta aún... y descansaré.

—Si puedo contestársela...

—Hubo... hubo otro atropello. Un hombre arrollado antes que yo. ¿Sabe... sabe algo de él?

El médico inclinó la cabeza. No me miró para responder:

—Sí, hubo otro atropello. No lo he visto. No sé quién es. Me dijeron... me dijeron que está muerto... horriblemente destrozado.

* * *

Muerto. Destrozado.

Un hombre solo muere una vez, porque solo vive una vez. Esa ley se rompía con aquel hombre. Parrish había vivido dos veces. Y ahora muerto dos veces.

Esta parecía definitiva. Yo no esperaba que viviese de nuevo. No sabía lo que sucedió la vez anterior, pero nadie sobrevive tras ser aplastado por un coche. Claro que tampoco sabía de nadie que hubiera sobrevivido a la muerte clínica y al crematorio. Y, sin embargo.

Medité sobre todo ello, en silencio, en la madrugada frígida y blanca de la clínica. Había pedido una pequeña radio a transistores

y escuché la noticia. Oficialmente un ciudadano llamado Avery F. Merrick había sido ingresado cadáver en el Medical Center de Fort Washington Avenue y Broadway. Añadieron que otro hombre, no identificado aún, se libró de morir atropellado, y el coche se incendió después, estallando al inflamarse el combustible. No se sabía de víctimas en el interior del vehículo pero no había nada seguro al respecto.

Avery F. Merrick.

El hombre del Vampyr. El acompañante de Lorelei Liliom. Muerto. Asesinado. Como Lorelei misma. Muertos los dos. En el espacio de menos de una hora. A no mucha distancia uno de otro.

¿Fue realmente Busby Parrish, el esposo de Glenda Parrish? ¿Qué había tras de todo aquello?

Hubiera querido saber lo que fue de la persona situada tras el volante del turismo asesino. Pero es que era prácticamente imposible averiguarlo ahora. Muertos o vivos, la identificación sería un problema insoluble.

Me hubiera gustado saber por qué sucedía todo aquello. Estaba tan a oscuras como al principio de hacerme cargo del caso, cuando la viuda Parrish acudió a mi oficina, con los tres mil dólares de anticipo.

Podía solicitar una llamada y hablar con ella, pero no lo creía prudente. Tras dos asesinatos, uno se vuelve cauto, desconfiado. Esperaría a verla personalmente, o bien a llamarla desde cualquier lugar seguro, donde nadie pudiera interceptar mi llamada.

Fui yo quien tuve una llamada esa madrugada. Procedía de la oficina de Homicidios, Departamento Central de Policía de la Ciudad de Nueva York. La voz del teniente Shayne llegó, nítida, a mis oídos:

—¿Caine? ¿Es usted?

—Más muerto que vivo, pero soy yo, teniente —afirmé, risueño.

—Le llamo solamente para pedirle que trate de recordar, con todo detalle posible, lo sucedido esta noche, desde que dejó el apartamento de Lorelei Liliom. El doctor Crichton ya me ha contado lo que le sucedió, y cuál es su diagnóstico. No se fatigue. Tenga calma. Yo iré pronto. Hablaremos ampliamente de todo. Ahora, estoy trabajando en el asunto.

—Creo que hubo un muerto, ¿no? —insinuó.

—De sobra sabe usted que sí. Avery F. Merrick, oficialmente. ¿Cree que era Parrish?

—No puedo saberlo, teniente. Sólo conozco a Parrish por una fotografía.

—Pero vio a Merrick, ¿no?

—Sí, lo vi. Estaba cerca de la vivienda de Lorelei. Al verme, huyó. Le seguí y...

—Déjelo. Me lo contará después. Ahora, descanse. Es muy tarde, y ha sufrido un fuerte shock, aparte de las magulladuras y golpes. Aun así, tuvo suerte. Pudieron ser tres los cadáveres que hubieran ahora en la Morgue, Steve.

—Tengo esa desagradable impresión —admití—. Hasta luego, Shayne.

Colgué. Me quedé ceñudo en el lecho, viendo cómo la enfermera del turno de noche me tomaba la temperatura, saliendo luego de mi habitación, en busca de algo. Miré mi reloj de pulsera. Tenía el vidrio hendido por el accidente. Pero funcionaba. Eran ya las cuatro y diez de la madrugada.

Contemplé las paredes. Me irritaba su blanco. Y el de la cama esmaltada. Y las ventanas y puertas. Nunca me han gustado los centros hospitalarios, ni siquiera los particulares como aquél.

Entorné los ojos. Recordé cosas sueltas. El Zodiac, el profesor, la funeraria, un cadáver incinerándose, una chica enlutada, de bonitos ojos pardos... y «Spirit».

Me sobresalté. ¡«Spirit»!

A las tres de la madrugada comenzaban sus reuniones. Estarían ahora en una de ellas. El «profesor» Zodiac me había invitado. Tenía su placa circular, con los signos zodiacales. Merrick —o Parrish— nunca asistiría. Al menos, no en su humana envoltura. Si acaso, como puro espíritu, si existía tal comunicación extrasensorial.

La enfermera no regresaba aún. Me incorporé del lecho. Fui a un armario. Tenía allí mis ropas. Algo arrugadas, algo sucias, manchadas de sangre, de barro, de gasolina.

Me vestí en escasos segundos. Fui a la puerta. Iba a salir, cuando entró alguien. Casi me pega con la puerta en la cara. No era la enfermera, sino un enfermero. A eso le llamo yo tener suerte.

Entró. Miró a la cama, desierta y desordenada. Masculló, sorprendido:

—¿Qué diablos...?

No dijo más. Le pegue con el filo de mi mano en la nuca. No soy luchador de karate, de modo que no le podía matar. Pero lo derribé como a un fardo. Me incliné. Cambié mi manchada americana por su chaqueta blanca de enfermero.

Audazmente, salí al corredor, cerrando tras de mí. Muy decidido, avancé por un corredor blanco, aséptico, muy bien iluminado. Llegué al fondo a la puerta de un ascensor. Lo tomé, descendiendo a la planta baja. Salí. En el amplio vestíbulo de la clínica particular, me crucé con otros enfermeros y enfermeras que entraban entonces, marcando sus fichas. Era un nuevo turno de mañana, sin duda.

Salí, muy decidido. Tomé una tarjeta al azar, y fiché en el reloj eléctrico. Agité una mano, jovialmente, a la enfermera que atendía el teléfono. Ella arrugó el ceño y me respondió, a la vez que se encogía de hombros.

Salí a un jardincillo no muy amplio, rodeado de una alta verja. Varios enfermeros y enfermeras acababan su turno en ese momento, y salían del recinto, en grupo. Me uní a ellos. El portero que nos franqueó el paso, cerró luego con una cerradura eléctrica. En su cabina, oí funcionar el teléfono. Acudió con parsimonia a responder. Estuve seguro de que iban a ordenarle que controlase la salida de gente, porque un enfermo se evadía sin alta médica.

Me aparté de los demás empleados de la clínica, y me alejé, con larga zancada, hacia una parada cercana de taxis. Dudé. No detuve a ninguno. Me quité la blanca chaqueta y corrí dos manzanas. Pasaba un taxi libre y lo tomé.

—¿Adónde, señor? —me interrogó.

Le di una dirección. La vivienda de Glenda Parrish la esposa de Busby Parrish. O de Avery F. Merrick, ella estuvo en lo cierto.

* * *

Incluso recién levantada de la cama, con el sueño pesando en sus párpados, estaba llena de atractivo. Seguía siendo la rubia estupenda que visitó mi oficina.

Encendió un cigarrillo. Luego, prendió el que acababa de ofrecerme. Me miró, nerviosa, preocupada.

—Y bien. ¿Qué cree que debo hacer, Caine?

Me encogí de hombros. Ella me preguntaba eso. A mí que ni siquiera tenía la menor idea de lo que tenía que hacer yo. Fumé con prisas. Era buen tabaco, pero demasiado ligero, aromático. Contemplé a la dueña de casa. Se había echado encima una bata de seda, pero, con las prisas, la anudó mal a la cintura. Se podía ver su muslo desnudo, y parte de los encajes de su pantalón color verde manzana. Valía la pena verlo.

—Supongo que tendrá que identificarle —dije, por fin.

—¿Otra vez? —se estremeció.

—Esperemos que sea la última —dije, sarcástico—. Todo tiene sus límites.

—Dios mío, es terrible. Antes, con aquel accidente... y ahora, otra vez. El mismo modo de morir... si es que murió entonces.

—Ahora no ha sido un accidente. Lo único accidental es que yo esté aquí, contándolo. Le aplastaron intencionadamente. Iban por él. Debían estarle vigilando.

—Pero, ¿por qué?

—No tengo la menor idea. Usted pidió que encontrara a su esposo. Si era Merrick, lo encontré. Pero no ha servido de nada.

—Mataron a los dos. A él, y a aquella chica del Vampyr.

—Sí, a los dos. No se andan con bromas, ¿eh, señora Parrish?

—¿Cree... cree que se trata de la misma persona? Me refiero a... al asesino.

—Persona o personas, todo tiene un mismo origen, estoy seguro. Ahora, hemos vuelto al principio de todo. Antes de que usted viera de nuevo a su esposo, lleno de vida...

—Es como girar en un círculo vicioso, sin principio ni fin. Caine, ¿por qué escapó usted de la clínica, esta noche?

—Me irrita permanecer encerrado. Además, hay muchas cosas por hacer.

—¿A estas horas?

—Espero que sí. ¿Puede arreglarse en un momento señora?

—¿Para qué? No iremos ahora a la Morgue a...

—No. Eso puede hacerlo mañana. Entonces identificará a su esposo, si lo era. Antes prefiero que hable con él.

—Dios mío —palideció terriblemente, mirándome con ojos dilatados—. ¿Qué dice? ¿Es que... aún cree usted que viva?

—Lo dije mal —sonreí, sardónico—. Debí decir que hablará con

su espíritu.

* * *

—Mi querido discípulo. Llega tarde. Muy tarde ya. Es la última sesión, por hoy.

Así me recibió el profesor Zodiac. Miró, receloso, a Glenda Parrish, sin aparentar conocerla en absoluto. Ella se justificó, diciendo que un familiar suyo había, sido gran amante del Zodíaco y de los astros. No mentía a fin de cuentas.

Como era acompañante mía, pudo entrar. Nos introdujimos, por un corredor angosto, iluminado con luz negra o ultravioleta, hasta una cámara semicircular ante cuyo negro ciclorama del fondo, entre luces espectrales de un verde lívido, numerosos asistentes parecían sumidos en un nirvana.

Se nos recomendó silencio. Tomé la mano de la viuda en la mía, sintiendo su temblor y su frío. La oprimí fuerte, y nos quedamos en un ángulo de la sala, presenciando aquella demostración de diálogos esotéricos con el «más allá».

—Cielos... —oí musitar a Glenda—. ¿Qué es eso?

Miré en esa dirección. Pude ver la materia luminosa, flotando ante el ciclorama, como por artes mágicas o sobrenaturales. Supe de qué se trataba, «Ectoplasma».

Dicen que es difícil de fotografiar, que solo los muy iniciados en prácticas espirituales lo ven. A mí siempre me pareció un cuento, hábilmente preparado por embaucadores.

Y ahora lo estaba viendo ante mí. Flotando, sin salir de ningún médium. Una voz difusa, espectral, profunda, sonó en alguna parte, respondiendo a unas preguntas que yo no había llegado a escuchar:

—Sí, amados míos. En este reino de paz y sosiego donde me hallo, todo se ve de diferente modo. Sed felices, como lo soy yo aquí. Mi espíritu, hecho hoy luz y palabra, llega a vosotros. Vuestra fe es cierta y verdadera. Guiad vuestros pasos por el Zodíaco y los astros, que ellos son obra de Dios, y Dios está en ellos, más que en ningún otro punto de su Creación, hermanos queridos todos.

Una pausa. Se hubiera podido percibir el vuelo de una mosca, de haberla habido en tan aséptico lugar. Oprimí la mano de Glenda con más fuerza, en la oscuridad.

—Todo falso —susurré—. Puro teatro para mentes cargadas por una ridícula fe...

Ella no dijo nada. Respiraba hondo, pensando acaso en la posibilidad remota de que el «ectoplasma» se convirtiera, de súbito, en el espíritu de su esposo. La idea grotesca cruzó mi mente.

Entonces, la voz del «ectoplasma» sonó de nuevo:

—Ya termina la noche y, con ella, nuestra astral condición de privilegio entre vosotros. Una sola consulta, la llamada a otro hermano nuestro amado, que pueda acudir, y con la primera luz del alba volveremos a nuestro diurno reposo, hasta que los astros brillen de nuevo en el espacio cósmico, en señal de grandeza creadora...

Una voz de mujer sonó, apagada:

—Si fuera posible... yo os ruego... os ruego que acuda mi hermano. Mi querido hermano Dustin, perdido hace solo dos días.

Me volví, sobresaltado. El nombre de Dustin me sonaba. La voz tenía algo peculiar. Vi unos ojos pardos, en la penumbra verdosa, espectral. Una figura enlutada, rígida. Un pálido rostro, fijo en el ciclorama negro, con auténtica fe y devoción. Una suave cabellera rubio-oscura, como oro hilado.

Era Sheila Corman. La muchacha del funeral en *The Last Luxury*. La hermana del hombre cuya incineración yo presencié...

CAPÍTULO VI

—¿La conoce, Caine?

Asentí a la ronca pregunta de Glenda. Como mujer que era, no se perdía detalle relacionado con otra mujer.

—Puede ser cruel —susurré—. Pero la vi en otro lugar, ayer. Espere, señora Parrish. Se me ha ocurrido algo...

El «ectoplasma», o lo que aquella materia luminosa y aérea pudiese ser, flotó ante el ciclorama, enroscándose en silencio. Parecía esforzarse en algo, luchar.

—Viene aquí, sí —sonó un murmullo irreal en alguna parte—. Aquí viene. Es un hombre joven, desaparecido hace poco del mundo de los vivos. No ha llegado aún al supremo plano astral, pero se aproxima a él. Ya llega. Ya... Es Dustin Corman, sí. Sheila Corman, habla a tu hermano Dustin.

Se retiró como una culebra el ectoplasma. Glenda y yo nos miramos. Volví el rostro hacia Sheila. Estaba muy pálida, tensa, con los dilatados ojos fijos en aquello. Sentí una fría ira por tanto embuste bien preparado. Y llevé adelante mi idea.

—No —dijo la voz, viniendo de ninguna parte, flotante y ronca. No puede venir a ti. Ni Dustin ni nadie muchacha de crédula ingenuidad. Te engañan. Ellos te engañan. Yo, el espíritu de Busby Parrish, sí estoy aquí para desenmascarar tanta patraña hecha a nuestra costa. ¡Luz, dad la luz enseguida, y descúbrase el fraude vergonzoso!

No sé quién lo hizo, pero dieron la luz. La sala se inundó de claridad. Y el «ectoplasma», una vulgar sustancia fosforescente, vaporosa, se puso en evidencia surgiendo de un orificio, y adquiriendo las formas cambiantes que su envoltura plástica, flexible como un globo infantil, le iba proporcionando, movida por inyectores de aire, entre las aberturas del ciclorama.

El profesor Zodiac retrocedió, lívido, contemplando el fracaso.

Sheila Corman les miró con desprecio, con ira. Mucha gente empezó a chillar:

—¡Fraude, mentira! ¡Falsarios, desvergonzados! ¡Llamen a la policía!

—No, no... —jadeó Zodiac. Nos miró a todos, exasperado—. ¿Quién... quién hizo eso, quién falseó esa voz maldito sea?

Sonreí, y apreté la mano de Glenda. Dije en voz baja:

—Vamos. Ya se descubrió la mentira. Fue mi voz.

—¿Qué? —Glenda Parrish me contempló, asombrada.

—Estudie ventriloquía. No creí que saliera tan bien —reí entre dientes—. En marcha, antes que sospechen.

El profesor Zodiac, ahora, aparecía rodeado por varios hombres fornidos, evidentemente, sus guardaespaldas. La gente se detuvo, en su intención de agredirle. Empezaron a caminar hacia la salida, y Zodiac, de repente, me miró con ojos desorbitados. Me señaló, rotundo:

—¡Usted! —chilló—. ¡Es usted el farsante, el que ha fingido esa voz! ¡Usted arruinó mi negocio, bastardo!

—Esto se pone feo, señora Parrish —musité, tirando de ella—. ¡En marcha!

Corrimos a la salida. Tres de los gorilas de Zodiac se interpusieron, cerrándonos el camino. Glenda se asustó. Yo no. Y eso que no iba armado. Pero esta clase de escaramuzas eran las que me gustaban.

Se lanzaron sobre mí los tres. Eran fornidos, rudos. Y estúpidos. Como acostumbra a ser esa clase de gente. Me escurrí entre ellos, sin que me tocaran. Luego, me revolví.

Descargué un mazazo seco contra el cuello poderoso de uno de ellos. Se tambaleó, sin caer. Era duro el tipo. También yo. Apenas se volvió para plantarme cara, le metí un rodillazo en el estómago. Se quedó boqueando, sin aliento, y entonces le aferré por los cabellos, bajándolo hasta estrellarlo contra mi rodilla nuevamente, ahora en pleno rostro.

Cayó como un fardo, cuando los otros dos me agredían, alzando sus manazas de boxeadores. De haberme alcanzando con ellas, me hubiesen triturado.

De nuevo los burlé, escurriéndome entre ambos, luego estrellé mi puño contra la sien de uno de ellos, aturdiéndolo. En ese

instante, me revolví, aferré por el cuello al otro, y lo hice estrellarse cabeza con cabeza con su compañero. Sus cráneos crujieron como frutos maduros, y ambos se desplomaron, dando volteretas, realmente *groggys*.

Tomé a Glenda, decidido, y salimos a la carrera de la última planta de aquel edificio de la Setenta y Dos Este, frente a Park Avenue.

Ni Zodiac ni sus esbirros nos dieron alcance ya. Cuando llegamos a la calle, empezaba a clarear levemente por detrás de los rascacielos de Manhattan, allá por si East River.

—Les arruiné el negocio —dije, riendo—. Me temo que el Zodiac Club va a tener que cerrar, por quiebra, no tardando mucho.

Cruzamos hacia donde Glenda Parrish dejara su automóvil. Aún no lo habíamos puesto en marcha, cuando la joven llegó a la carrera, y, jadeando, se asomó por la portezuela.

—¿Puedo ir con ustedes, por favor? —pidió.

—Claro —la invité, abriendo—. Suba, señorita Corman.

—Están telefoneando a la policía. Quieren dar una paliza al profesor Zodiac... Buena la ha armado usted —dijo, con voz entrecortada, sentándose a mi lado.

Glenda Parrish puso en marcha el coche. La miró por el retrovisor.

—¿Es la primera vez que iba a esa farsa, muchacha? —preguntó.

—La primera —suspiró la joven—. Y la última, claro. Parecía todo tan real...

—No se fíe nunca de esa clase de reuniones —avisé, pensativo. Cuanto más convincentes resultan, más falsas son.

—¿Por qué hizo usted eso? —preguntó ella, de súbito, mirándome.

—No me gustan los farsantes que se enriquecen a costa de los demás y de su buena fe. Sobre todo, cuando se burlan de cosas tan serias como son los seres queridos, los que se fueron. Por otro lado, quería probar algo.

—¿Qué, Caine? —se interesó ahora Glenda Parrish, mirándome.

—Nombré a su esposo, a ver si me relacionaban a mí con él. Y así fue. De entre todos los presentes, el profesor Zodiac se dirigió a mí, acusándome. Supo que era yo el ventrílocuo.

—¿Por qué lo supo? —indagó Sheila Corman.

—Muy fácil, señorita, porque sabían que yo tenía algo que ver con un hombre llamado Busby Parrish. Y yo nunca mencioné a Zodiac ese nombre, sino el de Avery F. Merrick.

—¿Cree que está mezclado en el asunto? —dudó Glenda.

—Si —afirmé—. Estoy seguro.

* * *

—Debería meterle en la cárcel, Steve, si no fuera porque me ha prestado un inestimable servicio, al meter las narices donde no debía.

—¿De veras, teniente? —sonreí.

—¡Váyase al diablo —se enfureció él—. Sale del apartamento de Lorelei Liliom tras hallar el cadáver, ve a Merrick, lo persigue, le ve morir arrollado, usted mismo peligra, al estar a punto de ser también atropellado, dispara contra el coche incendiándolo y destruyéndolo, aunque sin impedir que sus ocupantes desaparezcan... y por si todo eso fuera poco, se escapa de la clínica donde esta recluido, tras derribar a un enfermero y quitarle su uniforme para salir del recinto, y, ni corto ni perezoso, asiste a una sesión espiritista, desenmascara a un puñado de bribones, disuelve un negocio que reportaba mucho dinero al granuja de su jefe, y éste desaparece tras el fracaso. Cerramos el local, recibimos denuncias de los que se creen estafados, precintamos igualmente las puertas del Zodiac Club... Oh, Steve, ¿qué otra cosa se propone hacer después? ¿Derrocar al Gobierno de los Estados Unidos, o fabricar una bomba atómica casera?

—No sé —reía—. Lo estoy pensando teniente.

—Ya digo que me ha prestado algunos servicios inestimables. A mí y a mi Departamento, pero no se trata de eso, muchacho. Es que son demasiadas emociones para una noche, incluso para un teniente da Homicidios.

—Dice que ha escapado el profesor Zodiac...

—¿Profesor Zodiac? Oh, entiendo... Se le conoce policialmente como profesor Edwards. Abner Edwards con varias fichas policíacas. Un buen elemento, el tal Zodiac. Su movimiento esotérico-zodiacal era un embuste de campeonato, Steve.

—Claro. Pero engañaba a incautos, a gente de buena fe... Como

esa chira, Sheila Corman, cuyo hermano murió anteayer, y le era muy querido.

—También Merrick era de esa supuesta religión de farsantes —resople Shayne—. ¿Era él un incauto, en realidad?

—No lo sé, teniente. Aún no me ha dicho si el muerto en el pasaje...

—Era Merrick. Avery F. Merrick, según su documentación en toda regla. Pero sus huellas dactilares y sus datos antropométricos, coinciden. Era, también... Busby Parrish.

Silbó entre dientes. Había estado siempre seguro de ello. Aun así, al tener ahora la total convicción, me preguntaba si estábamos ante un bribón, un falsario... o un loco.

—¿No hay duda sobre eso? —insistí.

—Ninguna. Era Merrick. Y era Parrish. Ambos una misma persona. La viuda tenía razón. Y ahora, supongo es viuda de verdad. El cadáver está en la Morgue. No será incinerado, pese a su testamento.

—Pero entonces... ¿quién murió la primera vez?

—Ahí está lo raro: fue el propio Parrish. La viuda ha insistido. Ella lo identificó.

—Pero... pero resulta imposible. Algo no es lo que parece, teniente.

—Por supuesto. Sólo eso explicaría lo demás. El doctor Crichton insiste. El forense, también. La funeraria coincide. Todos vieron muerto a Parrish. Lo incineraron. De repente, Parrish resucita. Vuelve de sus cenizas para morir otra vez, de modo parecido, aunque en esta ocasión con heridas más ostensibles, con miembros rotos, huesos triturados, cabeza dañada terriblemente...

—Pero, ¿identificable? —dudó.

—Totalmente. Aparte sus huellas intactas, todos los que le conocían le han identificado. Se aprecian bien sus rasgos, su rostro. No, Steve. No hay error.

—Alguna vez tuvo que haberlo. ¿Quién se equivocó? ¿Cuándo?

—Si pudiera contestar a eso... Lo único cierto es que Glenda Parrish enviudó dos veces. Espero que no resucite de nuevo ese hombre.

—Con Busby Parrish, uno no puede estar nunca demasiado seguro...

Shayne me miró, sin responder. Se enfrascó en una serie de trámites burocráticos de su Departamento. Yo contemplé la mañana por la ventana. Era neblinosa y turbia. Bostecé. Tenía un sueño terrible.

—Creo que me voy a descansar un poco —avisé—. Ya va siendo hora.

—Sí, hará bien —aceptó el teniente—. Al menos, durante ese tiempo estaré seguro de que en Nueva York no va a suceder prácticamente nada.

—Nos veremos más tarde —sonreí—. Suerte, teniente.

—Y felices sueños para usted —me deseó, socarrón.

Me ausenté de su oficina. Virtualmente, mi caso estaba concluido. Glenda Parrish quería saber si su esposo vivía o no. Yo lo encontré. No tuve culpa de que después muriera, de todos modos, como parecía ser su destino.

Cuando llegué a casa, me esperaba un mensaje. Lo habían dejado en la centralilla telefónica. Era un telegrama interior, expedido en el propio Nueva York. Su texto era sencillo. Había sido enviado por vía urgente:

«Identifiqué a mi esposo en la Morgue. Era Busby.
Ruego continúe asunto. Ahora quiero que halle a otra
persona: Al culpable. Saludos,

»Glenda Parrish»..

—Me lo imaginaba —mascullé, empezando a desvestirme para entrar en la cama—. El caso no solo no ha terminado, sino que... ahora empieza, en realidad.

Me acosté para no pensar. Pero soñé. Soñé con Parrish, con Zodiac, con cuerpos enterrados que volvían a la vida, con coches que me arrollaban.

Despertar fue realmente un alivio. Incluso para encontrarse, como me encontré, con una pistola automática asestada contra mi cabeza, dentro de mí propia habitación.

—Vaya... —dijo una voz helada—. Ya despertó, Caine. ¿Quiere volver a dormirse, esta vez para siempre? Pues no tiene más que intentar alguna tontería, y eso se hará realidad.

Miré al intruso que me despertaba de tan desagradable forma.

Me llevé una sorpresa. Otra más.

El hombre que me clavaba una pistola automática, provista de silenciador, justo en la barbilla... me era perfectamente desconocido.

Nunca lo había visto antes de ahora.

CAPÍTULO VII

Tenía los ojos como dos cubos de hielo puro. Azul pálidos, fríos, inexpresivos.

Le miré, y él me miró. No había rencor ni odio en su mirada. Nada. Sólo falta de expresión. Yo parecía un objeto. O una tarea ingrata que cumplir. Quizá lo era.

—Parece un *gangster* de película —dije, con cierto sentido del humor, enjugándome el frío sudor de mi sueño, con un pañuelo, siempre bajo su atenta, gélida vigilancia.

—Es que soy un *gangster* —se mofó—. Pero no de película Caine.

—Vaya... ¿Pistolero a sueldo?

—Algo mejor que eso. Trabajo para alguien importante.

—Hay trabajos que siempre son los mismos, aunque se hagan para un emperador.

—Deje la charla inútil. Tiene que venir conmigo.

—¿Adónde?

—Pregunta demasiado. Vístase y sígame. Tengo abajo un coche. Y no piense en su amigo policía. He aparcado donde no lo adviertan. Usted saldrá con normalidad, como si acompañase a un viejo amigo. De otro modo, no lo cuenta.

—Muy persuasivo. ¿Le paga Zodiac, acaso?

—¿Zodiac? No, en absoluto. ¿Se refiere a esa especie de... de religión?

—Bueno, a una patraña que llamaban oculto esotérico. Al menos, la conoce, ¿eh?

—Mi patrón la conoce. Yo solo de oídas.

—¿Quién es su patrón? —me interesé, sin dejar de vestirme.

—Pregunta siempre, como una máquina —sus ojos azules brillaron, irritados—. Lo sabrá pronto. Mis palabras no le ayudarían mucho ahora, Caine.

—No es nada locuaz, ¿eh, amigo?

—Nada. Y no me llame amigo. No me gusta ser amigo de nadie. Sólo de mí mismo.

—Es el modo de que una amistad jamás defraude —suspiré, vistiéndome por completo—. Ya estoy... er... cómo dijo que se llamaba?

—No lo dije. Mi nombre es Eliah. ¿Le basta?

—No. Pero supongo que lo mismo dará.

—En efecto. Vamos ya. Hemos perdido mucho tiempo. Son casi las doce del mediodía.

—Hermosa hora para secuestrar a un tipo —comenté, irónico—. ¿Cree que resultará?

—Claro que resultará. Todo lo que el patrón hace, resulta siempre.

—Envidiable —bostecé—. Adelante. Supongo que no puedo hacerle pasar delante.

—No, no —sonrió—. Soy muy cortés. Usted siempre primero, Caine. Y yo... pegado a usted. Con la mano en el bolsillo. Y algo más, claro.

—Claro —suspiré—. No hay esperanza.

—Ninguna. A la menor señal de juego sucio, disparo. Son las órdenes.

—Lo supongo... —salimos de mi apartamento. En pleno mediodía, con la calle llena de gente, de vehículos, con los empleados de mi edificio deambulando por un lado y por otro. Inútil todo. Momentos después, entraba en el coche de mi amigo Eliah.

Y partíamos, con otro silencioso y frío individuo, como chófer, camino de alguna parte, en busca de alguien.

* * *

Alguien que ahora estaba allí, frente a mí.

Alguien que no había esperado ver. Quizá porque era la clase de persona que menos podía encajar con un pistolero como Eliah, el de ojos de hielo.

Y, sin embargo, era su jefe. El hombre que me hizo venir a punta de pistola. El hombre que dispuso el secuestro en pleno día, dentro mismo de la vivienda de un detective privado, llamado Steve Caine.

Mi propia casa, en suma.

—Es un placer conocerle, señor Caine —fueron sus— primeras palabras.

Me tendió su mano, cordial, aristocrática. Se la estreché, sin entusiasmo.

—Perdone, si yo no puedo decir lo mismo —repliqué.

—¿Cómo? ¿Tiene algo contra mí, señor Caine? —pareció sorprenderse.

—¿Usted qué cree? Me saca de mi casa, de mi propio lecho, pistola en mano, por medio de un esbirro profesional suyo... ¿y espera que me sienta feliz?

—Oh mi buen y fiel Eliah lleva siempre las cosas demasiado lejos —se quejó él, con aire demasiado plañidero para ser cierto—. Le pedí, sí, que le trajera a usted aquí, fuese como fuese, pero esos toscos procedimientos... Uno nunca puede esperar nada bueno de su servicio. Le presento mis disculpas, señor Caine, y le ruego las acepte.

—Ahórreselas. No necesito disculpas. Lo que me asombra en su cinismo, después de haber llevado sus órdenes al punto de amenazarme con apretar el gatillo, si me oponía a sus deseos. Eso hubiera sido un asesinato.

—¿Apretar el gatillo? —chascó la lengua con disgusto, y miró a su fiel Eliah que, silenciosamente, aguardaba aún a mis espaldas—. ¿Eso hiciste?

Eliah sonrió. Le vi alzar el arma silenciosa, dispararla... No hubo nada, ni siquiera el peculiar taponazo de una pistola con silenciador. Nada. Sólo un chasquido.

—Naturalmente, señor, teniendo descargada el arma —sonrió—. Si el señor Caine se hubiese negado a venir, no hubiera podido obligarle.

El caballero que me recibía en su lujosa mansión, rió entre dientes, como si todo aquello fuese muy divertido. Me sentí perplejo. Y como se siente toda persona a quién le han tomado el pelo, con todas las de la ley. Saber que aquel arma no tenía balas, era humillante para mí.

—De todos modos, fue un abuso —objeté, malhumorado—. No tenía por qué venir a la fuerza.

—Muy bien —suspiró él—. Tiene toda la razón. Puede

marcharse.

—¿Ya? —parpadeé.

—Eso es; ya puede irse. Con mis disculpas, claro. Es dueño de sus actos, señor Caine.

—Vaya —reflexioné—. Me hace venir aquí, para disculparse y dejarme libre. Usted es una persona extraña, señor...

—Percival. Percival Diamond señor Caine, algunos me llaman sir Percival, pero no tengo particular afecto a ese título.

—Sir Percival... ¿Inglés?

—Inevitablemente —suspiró, inclinando la cabeza—. Pero afincado en su hermoso país, señor Caine, desde hace muchos años. Me encantan los Estados Unidos.

—No entiendo una sola palabra —refunfuñé—. ¿Quién es usted?

—Ya se lo dije. Sir Percival Diamond. De Londres.

—Aparte de eso. Quise decir... ¿qué papel representa en el drama?

—Soy un personaje de quien usted, sin duda, jamás oyó hablar.

—Exacto. Jamás.

—Yo, en cambio, oí hablar de usted. Me interesaba verle con urgencia.

—¿Para qué?

—Necesito sus servicios de detective privado, señor Caine.

—¿Mis servicios? ¿Quién le dijo que soy detective privado?

—Por Dios, su nombre y profesión figuran incluso en la guía telefónica de la ciudad, no es ningún misterio.

—En esa misma guía, figuran cuando menos otros mil detectives privados, señor Diamond. ¿Por qué elegirme precisamente a mí... y con esos métodos?

—Porque usted se ocupa de buscar personas desaparecidas... como Busby Parrish.

—¿Y...?

—Yo también busco a una persona desaparecida: mi esposa, señor Caine.

—Sir Percival, Busby Parrish no había desaparecido. Había muerto.

—Exactamente —afirmó él, con lentitud—. Mi mujer también.

Le miré, perplejo. No sabía si estaba burlándose de mí otra vez, o si hablaba en serio. También cabía la posibilidad de que estuviese

loco. Con su larga bata de seda, adamascada, su cabello impecable, sus largas patillas, su rostro delgado, enjuto, de nariz afilada y delgados labios, sus azules ojos maliciosos y penetrantes. Y con su sorprendente anillo, dotado de hasta tres brillantes de increíble tamaño, en su mano izquierda. Sir Percival podía estar tan cuerdo como yo, o tan chiflado como el que más.

—Si ha muerto, ¿por qué dice que desapareció? ¿Alguien robó su cadáver, tal vez?

—No, no —negó él, rotundo—. Murió y fue enterrada. Pero la he visto viva, ¿comprende?

Entorné los ojos. No, no comprendía bien. Otro case como el de Glenda Parrish. Eso sería ya demasiado.

—Lo siento —eludí—. Tengo ya un cliente. No puedo ocuparme de su caso.

—¿No se da cuenta? Puede ser el mismo caso, señor Caine. Una persona que muere, que luego resucita misteriosamente... Estoy preocupado.

—Hay varias cosas que no entiendo bien, sir Percival. ¿Quién le habló de mí?

—Un común amigo de ambos... si se puede definir así —rió, burlón—. Un astuto granuja, a quién usted conoce como... el profesor Zodiac.

—¡Ese farsante! —le miré, receloso—. ¿Usted tiene amistad con él?

—Yo frecuentaba Zodiac, señor Caine. Y sus divertidas reuniones astrales. No, no me mire así. No creía una palabra, pero eso me divertía. Incluso estaba dispuesto a invertir dinero en tan saneado negocio. Usted actuó muy a tiempo, quitándome tal idea de la cabeza. Hubiera resultado una inversión ruinosa, ahora lo veo.

—Y Zodiac le contó...

—Lo que sabía de usted. Que trabajaba para la viuda Parrish, que buscaba a un hombre a quién se había dado ya oficialmente por muerto hacía tiempo... Todo.

—Zodiac parecía saber muchas cosas de mí, por lo que veo.

—Tenga en cuenta que usted fue a su club, y él no es ningún tonto, aunque usted le engañara con su truco de ventriloquía, desmontando el tinglado de su farsa, Zodiac tenía gente lista a su servicio. Le siguieron, investigaron su identidad, y pronto supieron

los demás detalles. Lo cierto es que nada de eso hubiera tenido importancia... de no ser porque usted ha encontrado, finalmente, al hombre muerto, perfectamente lleno de ida. Aunque luego le matasen de verdad.

—Acabemos, sir Percival. ¿Qué quiere de mí?

—Ya se lo he dicho. Que trabaje para mí.

—Yo le dije lo que hay. Trabajo para otra persona, lo puede aceptar.

—No sé lo que le pagará Glenda Parrish. Yo le abonaré el doble.

—No —dije, pese a lo tentador de la oferta.

—Triple —insistió, subiendo de grado mi nerviosismo.

—No puedo —resoplé—. Uno tiene su ética, aunque necesite el dinero.

—Está bien. Compro también su ética —resopló el inglés—. Veinticinco mil dólares. No puede ganar ni diez veces menos con la viuda Parrish. Veinticinco mil, más gastos, dietas y cuanto juzgue usted pertinente.

—Es una locura —jadeé—. Debe estar burlándose de mí... o poniéndome a prueba.

—Ni una cosa ni otra. Todo hombre tiene un precio. Usted no será una excepción.

—No, no lo soy —admití—. Pero no me vendo. No ahora, sir Percival, cuando defiendiendo los derechos de otro cliente.

—Su dichosa ética —suspiró—. Bien, esto es algo tonto por su parte. Puede defender los intereses de ambos. De su cliente anterior, y de mí. Yo no tengo nada contra la señora Parrish, ni espero que ella lo tenga contra mí. De modo que puede ocuparse de los dos problemas, si tiene sentido práctico.

—Ocurre algo especial para eso, sir Percival.

—¿Qué es?

—Que yo encontré ya al esposo de Glenda Parrish. Ahora, lo que tengo que hacer para ella es otra cosa muy distinta.

—¿Puedo saber cuál?

—Encontrar a otra persona.

—¿A quién?

—Al asesino de su esposo. Al hombre que arrolló a Busby Parrish la última vez, y que estuvo a punto de hacer lo mismo conmigo. Quizá, también, la persona que aplastó la cabeza de una

chica llamada Lorelei Liliom...

—¿Y eso cree que es incompatible con mi caso? —sonrió fríamente el inglés.

—Puede serlo, sí.

—¿Por qué motivo?

—Porque usted podría ser el asesino que busco.

—*Touché* —admitió, con elegante gesto. Se inclinó ceremonioso—. Estamos de acuerdo, señor Caine. Yo podría ser el asesino.

—Me alegra que lo admita así.

—Pero ocurre que no lo soy. Y no me asusta, por tanto, su labor investigadora. Es más, si en ese caso Parrish hay un asesino... también puede haberlo en la muerte de mí esposa.

—¿Por qué dice eso? —me interesé, arrugando el ceño, sin perder mis recelos hacia aquel sorprendente personaje.

—Porque ella también murió en un accidente de tráfico... y ha aparecido en alguna parte, con vida, después de haber fallecido oficialmente... y después de haber visto yo su entierro en el cementerio de Bronx, señor Caine.

—Ya me ha contado eso. Pero es todo lo que tiene en común con el caso Parrish. Puede tratarse de un error, de una semejanza exagerada, de cualquier cosa que lo explique razonablemente.

—No era una semejanza. Era ella. Ella, señor Caine. Y hace un año que falleció.

—A veces existen parecidos sorprendentes, personas que son nuestro doble perfecto, y a quienes jamás vimos antes —empecé a argumentar con él como hice la primera vez con Glenda Parrish.

—Espere —me atajó—. Voy a decirle algo. Yo no he dicho en ningún momento que viese a una mujer igual a mi esposa. Es más: le diré lo más sorprendente e inexplicable de todo este embrollo. Aquella mujer ni se parecía lo más mínimo a mi mujer. Tenía otro rostro, otro color de cabello, usaba gafas, cosa que mi mujer jamás utilizó...

—Pero... entonces... —me sentí realmente ridículo, como si sir Percival me hubiera estado tomando el pelo todo el tiempo, y ahora viniese la burla suprema—. Pero entonces, sir Percival, ¿cómo puede usted asegurar que... que era ella...? ¡No tiene sentido!

—Yo, amigo mío, amaba a mi esposa —su gesto se puso grave, sombrío, impresionante. Paseó por la estancia, ensimismado—. La

amaba como muy poca gente puede amar a un ser querido. Total, definitivamente. Con amor inmenso, algo fuera de esta época. Murió, y fue un golpe terrible para mí. Me hizo casi enloquecer, me transformó, me dejó trastornado, caprichoso, ridículo casi... No, no me mire así. No habla ahora el loco ni el caprichoso. Yo, señor Caine, hubiera reconocido a mi mujer en cualquier parte, en cualquier forma que se apareciese. Había... había entre ambos... una extraña unión, una profunda compatibilidad emotiva... La vi. No se parecía a ella, no podía ser ella... pero era ella. Yo la identifiqué en el acto, grité su nombre. No me pregunte cómo ni por qué. Es instintivo, es superior a mí...

—Siga —le pedí, ya muy serio, absorto en su extraño relato.

—Grité su nombre: ¡Belinda! ¡Belinda, soy yo, tu marido, Percival!

Se detuvo. Al recordar eso, se había puesto pálido, sudoroso. Era impresionante verle así. Me sentía subyugado por esa situación insólita de un hombre que está seguro de conocer a un ser querido, pese a que no se parezca en nada a él, y cuando oficialmente está muerto y enterrado.

—¿Qué sucedió entonces? —quise saber, tenso.

—Ella... ella me miró. Me miró con ojos dilatados. Algo ocurrió en su ser. Se operó un profundo cambio. Pude oírla susurrar, casi con horror: «Percy... Percy... Oh, no, no...» Luego, echó a correr, se alejó. Entre la multitud en pleno Broadway, a la hora de más tránsito, un sábado tarde... ¿Se da cuenta? Corrí tras ella, la busqué, desesperado. Inútil. La había perdido, junto a Times Square. Pasó entre coches y semáforos, éstos cambiaron, no pude cruzar. Pero ella me había llamado Percy. Sólo ella me llamaba así.

Cayó sentado, cabizbajo, con desaliento, en uno de los butacones de tapizado rojo oscuro de su salón biblioteca, en aquella mansión suntuosa de la Quinta Avenida neoyorquina, adonde el pistolero de ojos de hielo, el fiel Eliah, me había llevado.

No supe qué decir. Todo aquello sonaba a puro disparate. Pero yo no podía reírme de nadie, y menos, de aquel hombre. Estaba temblando, estrujaba sus manos entre sí, el sudor goteaba de su frente color cera.

—Cálmese —pedí. Fui a un bar arrinconado, puse brandy en una copa. Era «Napoleón» de muchos lustros de reserva, pero se lo bebió

de un trago, sin saborearlo.

Hubo un silencio pesado. Eliah nos había dejado, sin duda a un gesto de él. Estábamos solos los dos. Y yo, hecho un mar de confusiones.

—Ya me calmo —susurró, alzando la cabeza. Me miró, sobriamente—. Pensaré que estoy loco, ¿no?

—No, no lo pienso —rechacé, grave mi expresión.

—Nadie conoce a otra persona, estando radicalmente cambiada, ¿verdad?

—Usted habló de un amor inmenso. Del corazón, de un sexto sentido acaso, de un sentimiento profundo, de intuición de hombre enamorado. Entiendo todo eso. Puede suceder, sí. Pero ella... ¿cómo podía ser ella, si ni siquiera se parecía?

—Eso... eso es lo que me aterra —jadeó. Hubo una contracción en sus pupilas azul oscuras—. Su gesto, su repentina consciencia al oírse llamar Belinda, como si lo hubiera olvidado por algún fenómeno mental... Y el físico. Igual de estatura y peso, pero su rostro, sus rasgos... tan distintos...

—¿Alguna deformación, cicatrices, señales de algo? —sugerí.

—No, nada. Otra cara, sencillamente. No me pregunte por qué. No lo entiendo.

Sacudí la cabeza. Tomé mi decisión.

—Está bien —dije—. Le ayudaré.

Me miró, profundamente agradecido, casi emocionado.

—Gracias —musitó. Buscó en su bolsillo—. Le voy a pagar su dinero, señor Caine.

—No. Espere. No aún. Le ayudaré, ayudando a la vez a mi cliente. Es raro, pero... pero tengo el presentimiento de algo muy raro. De algo que sirve de nexo a todo ello. A Parrish, a su esposa... A toda esta serie de extraños sucesos. Su esposa... su esposa no sería también preparada en los funerales por...

—Por The Last Luxury, sí —afirmó él, mirándome fijamente a los ojos—. Y tras el accidente, fue internada en la clínica del doctor Crichton, donde, falleció.

No mostré sorpresa alguna. Ya lo había imaginado así.

CAPÍTULO VIII

El juez, el forense, sir Percival, dos testigos del juzgado, un funcionario del cementerio de Bronx, y yo.

Éramos todos en la ceremonia siempre desagradable, de la exhumación de los restos de Belinda Diamond. No hacían tampoco falta más.

Se procedió a los trámites de rigor, y se abrió el panteón de los Diamond. Suntuoso y caro, como todo lo de aquel hombre. Dentro, en una cripta iluminada con velas eléctricas y de gas, estaba su lujoso féretro.

Se encontraba en bastante buen estado de conservación, pese al tiempo transcurrido, casi un año. Sir Percival, a mí lado, contuvo el aliento. Le miré. Estaba muy pálido. El momento era trascendente.

—Procedan —dijo el juez—. Abran la tapa del féretro.

Los empleados del juzgado ayudaron al empleado del cementerio. El forense se inclinó sobre el ataúd cuando la tapa fue alzada, con un crujido estremecedor.

Yo también miré. Vi el forro de seda roja, los adornos costosos, el acolchado interior... Y el cadáver.

El ataúd, por lo menos, no estaba vacío, como en las novelas baratas. Había un cadáver allí. El cuerpo de una mujer de cabellos castaños, casi rojizos.

—Su cabello —oí susurrar a sir Percival, con angustia—. Así era su cabello, ciertamente.

El forense examinó los restos. Su comentario nos llegó, nítido:

—Aparentemente, no hay nada raro aquí dentro. El cadáver parece datar del tiempo en que se dice, aunque la autopsia será más concreta. Es una mujer de unos treinta años, de unas ciento veintitantas libras de peso, de poco más de cinco pies...

—Sí. Es la descripción de ella —convino sir Percival, roncamente.

—Por favor, venga acá. Vea el cadáver, por si puede identificarlo.

El inglés fue hasta el féretro. Se asomó. Yo con él. El cuerpo estaba en buen estado de conservación. El rostro, no. Resultaba poco agradable.

—Dios mío —gimió—. Parece... parece ella.

—Pero... ¿podría jurar que es ella? —insistí yo.

—No. No podría. Es más. Me... me dice el corazón que... que no es ella...

Los presentes le miraron. Pero supe que esa baza la tenía perdida. Había escepticismo en el juez, en el forense, en el empleado del cementerio...

* * *

—¿Y ahora, qué?

Me encogí de hombros. No hubiera sabido qué responder. Ella fumó en silencio, cruzadas sus piernas, como sabía hacerlo. El gris le sentaba bien. Era un luto suave. Después de todo, supongo que uno se cansa de llevar luto varias veces por la misma persona.

—Le he preguntado qué va a ocurrir ahora, Caine —insistió Glenda Parrish.

—Sí, ya lo oí. Ni yo mismo lo sé, señora Parrish, Legalmente, no hay por dónde coger a nadie. El doctor Crichton está fuera de toda sospecha. En todos los casos hubo un forense que certificó la defunción por accidente, se efectuó la autopsia, los familiares identificaron a la víctima. Igual que en su caso.

—¿Y la funeraria?

—¿The Last Luxury y el sonriente Morris Ambler? —hice un gesto de desaliento—. Ellos reciben el cadáver, la familia lo ve, se efectúan los oficios fúnebres, se procede a inhumar o a incinerar... ¿Qué podemos decirles a ellos? Sería ridículo acusarles de algo. Y peligroso. Pueden, a su vez, acusarnos de calumnia, falsas acusaciones... El teniente Shayne perdería su graduación y yo, mi licencia. Y no sacaríamos nada.

—Pero tiene que suceder alguna cosa extraña.

—Sí, pero, ¿cuál? ¿Dónde? De no morir ahora Parrish como murió, no habría evidencia alguna de esa resurrección. Sir Percival,

ni siquiera tiene pruebas.

Es más, la mujer a quién vio, y en quien creyó reconocer a su esposa, ni siquiera se parecía a ella. Algo más allá de lo físico, sus propios sentimientos, le advirtieron. Y ella reaccionó, si hemos de creer a sir Percival.

—También mi relato parecía de locos, Caine. Y era todo cierto.

—No entiendo lo que ocurre. Son casos diferentes, pero se asemejan en el fondo. Tienen una serie de factores comunes. Sólo que no ofrecen fisuras. No acusan a nadie por sí solos. Todo resulta... desconcertante.

—Pero Busby sabía algo. Por eso le asesinarían. Debí contárselo a Lorelei, o temieron que lo hiciese, también la eliminaron.

—Es lo que yo pienso también, señora Parrish. Sólo que no podemos movernos en ninguna dirección. Si vuelvo a la funeraria o a la clínica, ¿qué adelantaré, salvo poner en guardia a quién tenga algo que ocultar?

—Es peor cruzarse de brazos, ¿no cree? Esa misma mujer, la esposa del inglés, si realmente vive... correrá también peligro inminente.

—Ya lo he sospechado —asentí, sombrío—. Belinda Diamond, si es ella, usará ahora otro nombre, como le sucedía a Parrish. Se han examinado los documentos de su esposo, y son falsificaciones perfectas. Avery F. Merrick, obviamente, no existe. Pero le hicieron pasaporte, tarjeta de Seguridad Social, carnet de conducir... Crearon una falsa personalidad, con una profesión e incluso una religión. A Belinda Diamond debe ocurrirle igual. Ella, incluso, con un rostro que no es el suyo. ¡Oh, es para volverse loco!

—Si al menos supiera el nombre actual de la señora Diamond, para buscarla...

—Quizá el asesino me seguiría, para anticiparse luego y eliminarla. No, señora Parrish, tocio esto es muy arriesgado, muy difícil. Sinceramente, por primera vez en mucho tiempo, no sé qué hacer.

Ella me miró pensativa. Luego, afirmó despacio con la cabeza, levantándose del asiento en mi oficina.

—Le comprendo, Caine —musitó—. Le comprendo muy bien. Es como verse en un callejón sin salida, con un muro enfrente.

—Algo así —suspíré—. Sólo confío en que ese muro se derrumbe

de repente, sin que nadie lo toque, antes de romperme yo la cabeza en él. ¿Se marcha ya?

—Debo hacerlo. Esta vez, el funeral por Busby será normal. Sin cremación. Y, desde luego, sin intervenir El Ultimo Lujo. Por si acaso.

* * *

Llamé dos veces.

Ella abrió enseguida. Se mostró levemente sorprendida. Me hizo pasar.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí—. ¿Molesto, señorita Corman?

—No, no. En absoluto. Estaba recogiendo las cosas de... de Dustin —se nublaron sus ojos, ya enrojecidos por la irritación del llanto—. Mi pobre hermano. Fue todo tan rápido...

—Comprendo su estado de ánimo —la contemplé, interesado, ya en el pequeño pero pulcro y limpio *living*. Sobre una mesa, tenía Sheila una serie de objetos, documentos, carteras de mano, libros. En una pared, una fotografía mostraba a ambos hermanos juntos. Sacudí la cabeza—. Debería salir, distraerse. Aquí, recordará más todavía.

—No tengo deseos de ir a ninguna parte, Caine. Lo de Zodiac era... era como una esperanza. Tonta de mí, llegué a pensar que sería posible una cosa así...

—Esas cosas nunca son posibles, Sheila. Sólo los embaucadores las utilizan, para desplumar incautos de buena fe. Los que murieron, nunca vuelven a nosotros. Bueno, al menos no volvían hasta ahora.

—¿Habla del caso Parrish?

—Eso es —afirmé—. Y parece que hay otro más.

—¿Otro? —pestañeó ella, sorprendida—. Cielos...

—Pero nada definitivo aún, señorita Corman. Estoy investigando todavía.

—¿Por eso ha venido, tal vez? —me miró, con repentino recelo.

—Pudiera ser —admití.

—Pero... pero yo nada tengo que ver en todo eso. Mi actual situación, además...

—Me hago cargo de su situación, puede creerme. Yo la vi en The

Last Luxury. Allí los funerales son costosos, ¿no?

—Bastante —me mostró una factura, sobre una repisa—. Hoy pasaron la cuenta. Muy caro, sí. Pero Dustin se lo merecía todo. Juntos, vinimos a Nueva York, encontramos trabajo, luchamos unidos, ya que no teníamos padres ni familia directa.

—Sí, la comprendo. ¿Alguien les habló especialmente de esa funeraria?

—No. Nos enviaron de la clínica...

—¿De dónde? —pegué un respingo.

—De la clínica donde atendieron a Dustin.

—¿El doctor Melvin Crichton?

—El mismo, sí —pestañeó, mirándome—. ¿Tiene eso algo de raro?

—No, no, nada, señorita Corman. Hay algo que aún no sé ni se me ocurrió preguntarle antes. ¿De qué ha muerto su hermano Dustin?

—Yo... pensé que lo sabía... —respiró hondo—. Accidente de tráfico, cerca de Riverside Drive. Falleció en la clínica del doctor Crichton, exactamente.

* * *

—Excelente café, para una excelente comida —aprobé, apurando mi taza. Limpié los labios con la servilleta—. Gracias, Sheila. Ha sido usted muy amable al invitarme a comer en su casa.

—No diga eso. Ha sido una cena maravillosa. No siento muchos ánimos para cocinar. Más adelante, le invitaré otro día y entonces podré esmerarme, Caine.

La contemplé, con su delantal verde manzana, recogiendo vajilla que llevó a la vecina cocina. Admiré su esbelta, cimbreante silueta. Cuando volvió, le ofrecí un cigarrillo. Lo aceptó, sentándose frente a mí. Encendí el suyo y el mío. Fumé en silencio.

—¿Cómo fue el accidente? —pregunté, de pronto.

Se estremeció. La miré muy fijo. Ella sonrió a medias, con amargura.

—Como todos los accidentes de tráfico. Estúpido y cruel a la vez. El coche apenas si le rozó. Un golpe tonto. Era una furgoneta comercial. Le lanzó sobre el bordillo. Se quedó desvanecido. Unos

testigos le llevaron a la clínica más próxima, la del doctor Crichton. Advirtieron que sufría fractura de la base del cráneo. Falleció sin volver en sí.

—Entiendo —contemplé el humo del cigarrillo, con aire taciturno—. Y pasó a la funeraria de lujo.

—Sí. En ese instante, no iba a escatimar unos dólares.

—Lo comprendo. La idea de la incineración, ¿fue de usted, Sheila?

—No. De él. Lo decía siempre. Quería ser incinerado, cuando muriese. Yo cumplí su voluntad.

No le dije que yo había visto su cuerpo tornarse ceniza lentamente, en los hornos eléctricos de El Ultimo Lujo. No era un tema grato de tocar.

Me mantuve silencioso, meditando. Ella, acaso para romper un poco la tensión, regresó a los objetos personales, recuerdo de su hermano Dustin, y continuó ordenándolo todo.

—Oh —*la oí decir*—. Esto sí que es raro.

Erguí la cabeza. La miré.

—¿Qué es lo raro? —quise saber.

—Este documento. Dustin nunca me lo mostró. Es una copia de un seguro de vida.

—¿A nombre suyo? —indagué, incorporándome.

—Eso es lo raro. No está a mi nombre. Ni sabía nada de él.

—¿Quién es el beneficiario, entonces?

—Es una cosa rara. Aquí dice... aquí dice que, en caso de muerte por accidente, se abonará doble indemnización... a la Sociedad... a la Sociedad Benéfica Sutherland.

—Sociedad Benéfica Sutherland —fruncí el ceño—. Nunca oí hablar de ella. ¿Puedo ver esa póliza?

—Sí, véala —me la tendió—. La firma de Dustin es legítima.

La examiné. Databa de muy pocas fechas atrás. Sólo tres meses. Era una póliza de seguro de vida. A pagar cien mil dólares por muerte normal. Doble indemnización por accidente de cualquier tipo.

—¿Era su hermano dado a colaborar con entidades benéficas? —quise saber.

—Pues no, no lo creo. El nunca me lo dijo —había perplejidad en su gesto.

—Según esta póliza, a las veinticuatro horas de su fallecimiento, puede el beneficiario hacer efectivo su seguro. Sociedad Benéfica Sutherland. Lexington Avenue. Creo que haré una visita a esa Sociedad.

—¿Por qué, Caine?

—No lo sé —gruñí—. No lo sé. Y eso es lo que me preocupa.

* * *

SOCIEDAD BENEFICA SUTHERLAND AYUDA A OTROS Y TE AYUDARAS A TI MISMO

Parecía una oficina religiosa. Pero no lo era. Solamente un centro benéfico. Y no muy antiguo. Las letras doradas de la puerta no tendrían más de un año y medio.

Unas puertas vidrieras escarchadas, en la primera planta, me condujeron a unas modernas y asépticas oficinas, repletas de carteles con *slogans* de caridad, amor, paz y todo eso que los humanos estamos predicando siempre, procurando que lo cumplan solo los demás, pero no nosotros.

—¿Desea algo, señor? —me preguntó la mecanógrafa que atendía la oficina.

—Si —dije. Puse unos billetes en el mostrador—. Deseo hacer un donativo a la entidad, señorita. En metálico.

Me atendió con sospechosa prontitud, tomando el dinero, extendiendo un recibo y dándome a cambio un recuerdo enternecedor, con iluminadas postales, sonrisas de niños desvalidos y hermosas palabras del Evangelio en letra gótica.

—Si desea hacer su obra completa, generoso señor —me dijo la mecanógrafa, que por cierto poseía bastante más busto que Anita Ekberg o Claudia Cardinale y que no dudaba en rozarse conmigo, apoyada en el mostrador, quizá para así ablandar más al caritativo corazón—, puede usted recordar a esta Sociedad cuando haga envíos navideños. También puede ser tan altruista que nos dedique un seguro de vida, dinero que solamente podría percibir la Sociedad el día que Dios le llamara a su lado... sin suponer, por tanto, carga alguna para usted. Es más, la Sociedad misma, en tales casos, cubre el importe de la póliza y sus mensualidades. En el futuro con

paciencia y voluntad, siempre espera recuperar ese dinero, cuando el benefactor sea llamado junto al Señor.

Asentí, interesándome por el asunto de los seguros. Era curioso. Y cómodo para el benefactor. Uno firmaba las pólizas, ellos las legalizaban ante la empresa aseguradora, y abonaban los gastos y pagos, sin molestarle a uno. Según la jovencita de los senos poderosos, sin esfuerzo alguno, se entregaba siempre algo a la Sociedad. No importaba que fuese muchos años después. Cuantos más mejor, para que el benefactor gozase de larga vida.

—Le prometo volver esta misma semana —afirmé, entusiasmado como un chiquillo, tomando su librito de instrucciones y un facsímil para las pólizas susodichas—. Y rellenar una de estas pólizas, preciosa.

—Será maravilloso —ella se rozó otra vez conmigo y me guiñó un ojo—. Ese día, iremos juntos a comer, si no tiene nada que hacer, y podré dedicarle la noche entera, si es de su gusto.

La miré. Le di un pellizco y rio, coquetonamente. Eran obsequiosos con los benefactores, pensé. Curiosa sociedad benéfica. Cuando me fui de la oficina, su postura provocativa era toda una insinuación.

* * *

—Aquí está —susurró sir Percival.

Él y Glenda Parrish se miraron. Ella suspiró. Tenía ante sí otra póliza igual. Todas, de diversas empresas aseguradoras de la ciudad. Pero todas con igual beneficiario, la Sociedad Benéfica Sutherland.

—De modo que era cierto —dije, frotándome el mentón con fría ira.

—Cierto... ¿el qué? —se interesó sir Percival.

—Las pólizas del seguro de vida. Usted tiene la de su esposa Belinda; ella, la de su esposo Busby. Sheila Corman, la de su hermano Dustin. Todas, a nombre de esa Sociedad. Ya han cobrado todas las pólizas. Muchos cientos de miles de dólares. Y debe haber más, por la ciudad.

—Eso significa un complot criminal. Un siniestro plan de asesinatos perfectos —susurró Glenda Parrish, estremeciéndose.

—Exacto. Todo un complot. Un grupo de gente desaprensiva e

inteligente. Organización, dinero invertido, y a esperar que caigan. Todos caen. Póliza de seguros que el asegurado ni siquiera ha de desembolsar o molestarse en pagar. Todo facilidades. Luego, de repente, un día... el accidente. Y la muerte.

—Pero hay personas distintas. La Sociedad, el doctor Crichton, un forense... Ambler y la funeraria —pretextó sir Percival—. Demasiados complicados, ¿no?

—Estoy seguro de que la Sociedad, son Crichton y Ambler. Y alguno más. Lo que ignoro es cómo suceden las cosas, qué significa que haya una persona viva, después de haber muerto. No, eso no lo entiendo bien. Hay algo que se me escapa aún. Trataré de averiguar, sin embargo.

—Puede ser muy peligroso. Son gente inteligente, organizada, astuta...

—Sir Percival, voy a hacerlo, representando yo el papel principal del nuevo episodio —dijo fríamente.

—¿Qué quiere decir? —se inquietó Glenda.

—Que voy a hacerme la póliza de seguros, y esperar a ver qué sucede.

—Oh, no, no haga eso —se sobresaltó sir Percival—. Si sospechan algo... son capaces de matarle.

—Cuando intenten algo, es cuando se descubrirán a sí mismos. Estoy seguro de ello —sonreí triunfalmente.

Pero lo cierto es que, dentro de mí, no estaba tan seguro. Ni mucho menos.

* * *

La chica se llamaba Jill. Jill Brown.

En bañador tenía el cuerpo escultural. Y tanto seno o más que con jersey. Su piel era tersa, suave y cálida. Me gustó acariciarla.

Lo cierto es que me dedicó su día entero y su noche. Todo ello, por una labor sencilla, simplísima: rellenar una póliza de seguro de vida por valor de ciento cincuenta mil dólares. Con nombre e identidad falsas, por supuesto. El teniente Shayne tenía ya mis instrucciones, al respecto. Cuando los dirigentes de la misteriosa Sociedad buscaran informes, recibirían unos falsos, preparados de antemano, sobre cierto caballero llamado John Spencer Steve. Y

John Spencer Steve, era yo.

Casado, mujeriego de posición holgada, dado al juego y la bebida, algo bohemio y no muy trabajador. Pocos escrúpulos respecto al dinero, si éste llegaba fácil y abundante.

Shayne se volvió loco, preguntándome para qué quería todo aquello. No se lo dije. No debía hacerlo aún. Estaba jugando una baza fuerte. Sobre unos datos que ya conocía... y sobre una teoría que faltaba por conocer si era acertada o no.

Jill Brown cumplió su palabra. Obsequiosa y amable, me dedicó su día. Yo procuré demostrarle holgadamente que era mujeriego y jugador. Sobre todo, lo primero. Y creo que se lo demostré.

A medianoche, salía de su apartamento en el East River. Me despidió en la puerta, cubriendo sus prendas íntimas con una bata, y lanzándome besos, con un destello en sus ojos maliciosos.

—Adiós, Casanova —me dijo, riendo irónica—. Me gustará verte más a menudo. No todos los que suscriben pólizas benéficas son como tú, John querido...

Asentí, saliendo a la calle. Un taxi me llevó al centro. Había alquilado un apartamento bajo el nombre de John Spencer Steve. Las ceñas correspondían a mi póliza. Y a los datos que Shayne había distribuido a los posibles informadores de la Sociedad.

No falló.

Apenas me había quitado nuevamente mi camisa ese noche, ahora para dormir tranquilamente en el lecho de mi flamante apartamento, cuando llamaron a la puerta Escuche atento. Tenía mi «Walther PP» de calibre 38, guardada cerca. Pero no la utilizaría aún.

Avancé hacia la puerta. Llamaban de nuevo.

—¿Quién es? —preguté, sin abrir.

—Un amigo, señor Spencer —dijo alguien—. Un buen amigo. Me envía la Sociedad Benéfica Sutherland. Es importante. Y muy beneficioso para usted, en esta ocasión. No tema nada. Aunque la hora es intempestiva, debe abrirme. Seré breve.

Le abrí.

Entró un hombre vestido de oscuro, con una cartera de mano. Me estrechó la diestra, cordial. Le hice sentar, con una explicación embarazosa en apariencia:

—Llevo poco tiempo aquí. Ya sabe. Soy casado. Pero no me

llevo bien con mi mujer. Prefiero la... la soledad.

—Lo sabemos, señor Spencer —sonrió luminosamente—. Por eso le traigo una oferta importante y valiosa.

—¿Usted a mí? —me sorprendí fingidamente—. Creí que era yo el benefactor, no ustedes.

—Señor Spencer, nuestra Sociedad agradece su gesto al hacer ese seguro de vida en su beneficio. Y desea cobrarlo pronto.

—Bueno, no he pensado en morirme aún... —sonreí, irónico.

—Nadie piensa en tal cosa. Y nosotros, menos aún que usted. Pero, ¿qué le parece sí, de repente, usted MUERE, nosotros cobramos esa póliza íntegra... pero con doble indemnización, usted se lleva — el cincuenta por ciento neto para usted... y además cambia de identidad, de aspecto... y puede ser de nuevo libre, sin necesidad de rehuir a su esposa, a salvo de acreedores, problemas de todo tipo, ante una auténtica nueva vida, con dinero?

—Eso es... es un sueño. Hermoso, pero un sueño —suspiré.

—No, señor Spencer —negó él—. Es una realidad. Dígame que acepta, y cobrará usted ciento cincuenta mil dólares, nosotros otro tanto... y usted será otro hombre, en pocos días, a salvo de toda responsabilidad legal, civil o penal.

Le miré, pensativo. Ya estaba allí la gran baza. Mi teoría era cierta. Pero el terreno que pisaba era terriblemente resbaladizo.

—Si eso fuese cierto aceptaría en el acto —dije—. Ahora mismo.

—Pues es cierto —sonrió él—. Venga mañana a la Sociedad. Todo estará a punto. No falte, amigo mío. Acaba usted de firmar por una nueva vida, mejor y sin problemas...

CAPÍTULO IX

—Una nueva vida, mejor y sin problemas —asintió el caballero que se hizo llamar a sí mismo Paul Sutherland, director general de la entidad, cuando yo estuve ante él, en su pequeña oficina a prueba de ruidos. Jill, la espléndida Jill del torso generoso, acababa de dejarme a solas con él—. Se lo prometimos anoche. Y vamos a cumplirlo, señor Spencer.

—No he podido dormir, pensando en ello. Es una utopía.

—No es una utopía. Es sencillo y práctico. Usted muere, legal y aparentemente. Ingresa, accidentado, en un centro sanitario. Se le declara cadáver. Tenemos un tratamiento especial, que provoca una muerte aparente. Incluso un forense se engaña, al verlo. Y dictamina su muerte. Vienen sus familiares. Le identifican. Le lloran, si sienten algo por usted. Y pasa a las pompas fúnebres.

—No parece muy atractivo el camino —cementé, algo seco, como preocupado.

—Oh, es simple apariencia —rió, de buen grado—. Ve a, señor Spencer. Entre el momento de morir aparentemente y la autopsia legal, ha habido ya un cambio. Otro cadáver, éste real, víctima de un atropello auténtico, pasa a manos del forense. Se busca lo más parecido posible, se le adapta hábilmente. Pero los forenses rara vez se fijan en el rostro del muerto a quién hacen la autopsia. Mientras tanto, usted pasa, intacto, a la funeraria. Le ven sus parientes. Es inhumado o incinerado... pero ya es el otro cuerpo el que ocupa su sitio en el féretro o en el horno.

—¿Y... yo? —indagué.

—Usted pasa a un gabinete secreto, provisto de quirófano y salas de convalecencia. Se le altera el rostro, el cabello. En pocas semanas, es usted otro hombre. La cirugía plástica obra el milagro. Recibe su dinero, sale a la calle... y a empezar de nuevo. ¿No es realmente magnífico?

—La impunidad total... —dije, con tono entusiasta—. Mujeres, juego... Burlar a mi esposa, a mis acreedores...

—Exacto, señor Spencer. ¿Qué me dice?

—Que acepto. ¿Cuándo debo someterme a la operación completa?

—Cuando salga de aquí. Tomará un taxi a la dirección que yo le diga. Bajaré donde le indique. Sufrirá un leve atropello, sin consecuencias. Luego, se iniciará el proceso. Tendremos dos o tres testigos, que le trasladen. Gente nuestra claro. Nada tema. Un momento. Enseguida vendré con los datos precisos.

Salí por una puerta situada al fondo. Me dejó solo en el despacho.

Entonces debí sospechar algo raro. Fui un estúpido. No recelé nada. Hasta que fue demasiado tarde.

Súbitamente, vi aquello.

El gas.

¡Gas!

Salía en chorro sibilante, bajo la mesa de despacho. Me incorporé bruscamente. Me erguí, corrí a la puerta. Probé en vano. No cedía. Salté a la que usara él para salir. No se movió. Hermética también. Los muros sin aberturas, el acolchado... El gas olía fuerte. Empecé a sentir debilidad.

Saqué mi pistola. Disparé contra las puertas. Las balas maullaron, rebotaron, estériles. Me di cuenta de mí tremendo error.

Puertas metálicas, blindadas, bajo la delgada hoja de madera superficial. Un cepo.

Y aquel maldito gas...

Derribé muebles, disparé a los muros contra ruidos. El gas me envolvió. Me hizo flotar en la nada. Me derribó, de pronto. Sólo sé que el suelo vino a mi encuentro, que chocamos... y todo se hizo oscuro.

* * *

—Vaya, vaya, señor John Spencer Steve. ¿O prefiere que le llame Steve Caine, detective privado de profesión?

No era un despertar esperanzador, ciertamente. Pero yo me lo había buscado.

Vi al doctor Crichton y al sonriente Morris Ambler. Los dos inclinados sobre mí. Los dos mirándome fijamente. Intenté moverme y no pude. Las ligaduras eran fuertes. Mi inmovilidad, total.

Encima mío, algo que reconocí vagamente. Unos muros como de metal, bajos y agobiantes. Pero no recordé dónde estaba, exactamente.

—¿Qué hago aquí? ¿Por qué han hecho esto conmigo? —protesté.

—Usted bien lo sabe, señor Caine —habló Ambler, sarcástico—. Es muy inteligente. Pero hasta los listos tienen un fallo, y usted lo tuvo. No debió acudir a la oficina de Sutherland. Él no le conocía, pero nosotros, sí. Y siempre vigilamos al presunto cliente, desde un compartimento secreto inmediato. Luego, Sutherland viene a cambiar impresiones... dejando al visitante encerrado herméticamente, por si acaso.

—Todo bien organizado, ¿eh? —mascullé.

—Perfectamente organizado, debería decir —rió el doctor Crichton.

—No, doctor. Si hubiera sido perfecto, no se les hubiera escapado ese hombre, Busby Parrish. ¿Qué pasó con él?

—Parrish y sus malditas amnesias crónicas. Fue víctima de una de ellas cuando se fingió el accidente. Nosotros no sabíamos eso, entonces. Escapó, sin saber siquiera quién era él. Le perdimos de vista. Lo peor es que su mujer dio con él. Parrish vivía su vida, con nombre supuesto, habiéndose procurado documentos falsos. El muy estúpido, lo hundió todo por un momento.

—Y luego, yo serví de cebo para pescarlo otra vez —suspiré—. Apenas me vieron investigar, me siguieron para darle caza.

—Tuvimos suerte, eso fue todo. Aparte ese caso lamentable, hemos triunfado en todos los demás.

—Yo sé de otro caso negativo, Ambler.

—¿Usted? ¡Miente!

—No. Alguien encontró a su esposa. Cambiada físicamente. Pero la identificó, la llamó por su nombre. Ella escapó, asustada. Hay cosas que la cirugía facial no puede cambiar, por mucho que se intente. Y ese algo es el sentimiento de un hombre hacia su mujer.

—Me temo que sé de quién habla. Sir Percival Diamond y su

esposa.

—¿Por qué cree que sean ellos?

—No pueden ser otros. Él la amaba locamente. Ella, en cambio... Una ninfomaníaca que quería verse libre de él, deambulando por ahí. Por eso aceptó el acuerdo con nosotros. Un acuerdo que siempre respetamos... menos con usted, claro está.

—¿Y Busby Parrish? ¿Por qué quería apartarse de su mujer?

—Nunca lo dijo. Él tenía dinero, eran una pareja bien avenida. No sé. Dijo que tenía sus razones. Que había alguien que deseaba matarle.

—Y terminó muriendo —sentencié, sarcástico.

—Exacto. Era su destino —Ambler soltó una carcajada—. Pero nosotros no lo hicimos.

—¿Qué? —salté, sorprendido.

—Matamos a la chica, a Lorelei Liliom, eso sí. Por si sabía demasiado sobre Parrish. Le buscábamos a él, cuando... cuando ese oculto enemigo suyo debió sorprenderle... y le arrolló.

—De modo que no fueron ustedes... —sacudí la cabeza, perplejo—. Y en cuanto al joven Dustin Corman... ¿por qué escogió una nueva vida, huyendo de su hermana, que tanto le quiere?

—Mucha gente lo ignora todo sobre las personas a quienes ama —rió Crichton, cínico—. El joven Dustin estaba harto de su hermanita, de vivir en su hogar, de compartirlo todo con ella... Quería emanciparse, vivir su vida... algo equívoca, por cierto. Y no precisamente a causa de las damas.

—Entiendo —recordé el rostro aniñado, casi femenino, del joven Dustin, en la fotografía de su casa—. Dios mío, cuánta podredumbre en todos...

—Usted estará pronto peor que todos ellos. Pero no podrido, Caine. No vamos a matarle, dejando pudrir su cadáver después... No. Ya que tenemos métodos adecuados... su fin será rápido... y seguro.

—¿Dónde? —inquirí.

—Aquí mismo —me dijo Ambler, riendo. Señaló en torno—. ¿Es que no recuerda el lugar? Ya lo vio una vez, pero desde fuera.

Me estremecí. Dilaté mis ojos con horror, mirando las paredes, el techo, las luces, los electrodos.

Ahora sí lo identificaba. Ahora sabía dónde estaba, qué suerte

terrible me esperaba, en manos de aquellos monstruos.

El horno crematorio... ¡Iba a ser incinerado en vida!

Muerto en vida. Abrasado, sin poder gritar, ni pedir ayuda a nadie, sin que nadie supiera dónde estaba Steve Caine, detective privado.

—Exacto, amigo mío —dijo Ambler, adivinando mis pensamientos—. Usted ya sabe ahora lo que le aguarda. Y sabe también que nadie va a venir en su ayuda.

* * *

Así era mi muerte.

Yo, Steve Caine, en la propia funeraria. Abajo, en un horno crematorio de cadáveres...

Vivo, inmóvil, impotente para luchar contra tan horrible forma de morir.

—Adiós amigo —suspiró el doctor Crichton—. Dispersaremos sus cenizas esta misma noche, sobre el río. Será un hermoso final, digno de tragedia griega.

No me hacía ninguna gracia lo patético y trágico de ese fin. Yo iba a ser solamente un puñado de ceniza. Lo peor es que me convertiría en eso poco a poco. Y hasta que el terrible calor empezase a abrasarme, haciéndome perder la noción de todo, el dolor físico sería espantoso, en aquella reducida cámara hermética.

Un motor empezó a zumbear en alguna parte. Se erizaron mis cabellos. Casi insensiblemente, la temperatura en el recinto subió algunos grados, pocos aún.

Ambler fue el último en salir, ajustando tras de sí la poderosa puerta refractaria. Me quedé solo, tras el lúgubre portazo que era como el ajuste de la tapa de mi ataúd. Aunque ni siquiera tuviese ataúd, sino aquel horno por envoltorio.

La pared empezó a molestar. Despedía un calor suave, pero que crecía gradualmente. La atmósfera empezó a viciarse. El calor se extendió al suelo en que yacía. A mi alrededor, la temperatura crecía, crecía...

El sudor empapó mi cuerpo. Sentí pegada la ropa. El cabello sofocaba, de caliente que estaba. La ropa era fuego vivo, rozando mi piel caliente...

Y la luz... La luz anaranjada, térmica, crecía y crecía... Con ella, crecía el calor. Con ella, la muerte silenciosa, implacable, se iba aproximando.

Dentro del horno ya solo se olía a sudor, a vello chamuscado, a piel humana casi en cocción. Noté sed, deshidratación. Cada segundo parecía ya un siglo.

La muerte estaba cerca, muy cerca. Pero lo que iba a seguir, sería lo peor de todo. Acaso un minuto, acaso solo segundos. Pero, ¡qué eternidad de dolor, de agonía!

Y yo no podía hacer nada. Nada, salvo morir dignamente. Sin gritar. A solas con mi angustia mortal. A solas en aquel terrible cepo de calor mortífero.

Esperando ser pronto pavesas, ceniza pura.

CAPÍTULO X

Fueron los peores diez segundos de mi vida.

Sólo diez segundos. Y ahora, cuando vuelvo la vista atrás y recuerdo... parecen verdaderos siglos. Una eternidad terrible y demoledora. El dolor hecho quemadura, el fuego hecho agonía...

Diez segundos. Solamente diez. Uno, dos o tres más... y Steve Caine sería ahora ceniza pura. O, cuando menos, un carbón irreconocible, el tránsito entre cadáver y ceniza.

En aquellos segundos, la temperatura se hizo ya insufrible. Las paredes empezaban a deslumbrar. El suelo abrasaba. Mi ropa se acartonaba, reseca. Mi piel despedía sudor. Un sudor copioso, que era el que, por el momento, prolongaba el sacrificio.

Después, cuando llegó el octavo, el noveno, el décimo segundo... el motor cesó en alguna parte. Se hizo un silencio terrible. Se abrió la puerta refractaria.

No entró Ambler. Ni Crichton. Ni tan siquiera Sutherland o cualquier otro.

No. Era un rostro conocido y amigo el que apareció.

—Te... nien... te Shay... ne... —balbuceé.

Y perdí la noción de todo, una vez más.

Pero sabía que estaba a salvo. Sabía que el teniente Shayne estaba ya allí.

* * *

—¿Todo bien, Steve?

Asentí, con los labios agrietados, hinchados, resecos.

—Todo bien —susurré. Tenía la garganta, la boca, como papel de lija. Mi cuerpo temblaba de frío, a pesar del calor sufrido últimamente. O quizá por ello. —O casi bien, Shayne, no lo sé. No

estoy seguro de nada, palabra.

—Lo comprendo, Steve. Ha sido terrible. Un momento más... y no lo cuentas. Creí llegar tarde.

—No, no llegó tarde, teniente. Pero, ¿cómo sucedió todo? ¿Quién pudo avisarle de...?

—Verá, Steve. Hicimos todo lo posible por su seguridad. Pero de la oficina de Sutherland debieron sacarle en alguna furgoneta, como una carga o cosa parecida. No supimos que salía de allí.

—¿Entonces...?

—Pero yo tenía agentes cerca de la clínica, de la funeraria... Cuando comprobé que nadie sabía nada de usted, indagué. Y resultó que una furgoneta comercial había descargado ataúdes en la funeraria. Imaginé que dentro de una de ellas, iba el detective privado Steve Caine, gloria de la profesión.

—Menos burlas, teniente. ¿Qué pasó?

—Ocupamos la clínica silenciosamente. Cuando llegó Crichton, lo arrestamos. No quiso hablar, pero se asustó cuando apreté las clavijas. Habló, revelando dónde pensaban sacrificarle. Lo demás, fue sencillo.

—Sí, muy sencillo. Pero magnífico, teniente. Gracias. Gracias, mil veces. Nunca me vi ante una muerte tan terrible.

—Eso, por jugar sus propias bazas, sin ayuda de nadie —me reprendió Shayne.

—Tiene razón. Pero debía hacerlo. To podía engañarles, descubrir la verdad.

—Y lo hizo. Sin sus ideas, hubiéramos tardado quizá años en descubrir algo práctico. Lo cierto es que ahora ya tenemos todas las piezas del rompecabezas. La clínica comunica, a través de los sótanos, con la funeraria. En su centro, hay una zona secreta, con quirófano, habitaciones para pacientes...

—¿Han encontrado a Dustin Corman... vivo?

—Y bien vivo sí. El muy... —Shayne soltó un exabrupto bastante adecuado al caso—. Su hermana sufre más ahora que si hubiera muerto. Ella no merecía eso.

—Luego, teniente, trataré de confortarla. Ella debe hacerse a la idea de vivir ya sola, sin su hermanito... Bueno, sola, o con un hombre que la quiera. Un esposo, por ejemplo.

—¿Usted, por ejemplo? —sonrió Shayne.

—Bueno, ella guisa bien, es bonita, inteligente... No es mal partido para un solterón desastrado como yo. Pero no creo que entre en sus planes unirse a un detective privado, después de todo...

—¿Quién sabe? Está tan desilusionada, que una nueva esperanza la llenaría de gozo. Pero usted está muy solicitado, Steve. Allí fuera espera otra dama, interesada en verle.

—¿Glenda Parrish?

—Ella misma. ¿La hago pasar?

—Sí, por favor. Quiero verla yo también.

Shayne carraspeó. Fue a la puerta. La abrió e hizo un gesto a alguien. Rubia, espléndida y muy atractiva con sus ceñidos pantalones grises, apareció Glenda Parrish. Impulsiva, llegó hasta mí. Se inclinó... y besó mi boca.

Shayne volvió a carraspear, iniciando la salida. No se lo impedí. Cerró tras sí.

Glenda y yo nos quedamos solos. Nos miramos.

—Perdone, Steve —dijo, apartándose—. No debí... besarle...

—Fue muy agradable esa caricia —la seguía mirando.

—¿De veras? Creí que era esa chica, Sheila, quien...

—Si —afirmé—. Es Sheila.

—Ya —inclinó sus bellos ojos al suelo—. Lástima. Yo soy rica, usted me gusta, y...

—No, Glenda. No puede ser. Yo... yo nunca olvidaría ciertas cosas.

—Mi esposo ya no existe. Fui su cliente, pero ya no soy sino Glenda Parrish, a secas. El caso concluyó.

—Eso es cierto —admití—. Concluyó, Glenda. Totalmente. Por eso digo que no podría olvidar un coche a toda velocidad hacia mí... Y el rostro en el parabrisas.

—¿Qué? —ella palideció bruscamente. Se irguió agitada—. No, Steve. No pudo usted verme.

Calló. Se mordió el labio. Yo sonreí con tristeza. Negué con un movimiento.

—No —dije—. Nunca la vi. Fue despiadada, Glenda. Brutal, incluso. Odiaba mucho a Busby, ¿verdad?

—Sí. Le odiaba mucho. Y él tenía dinero, gustaba de otras mujeres... Cuando le vi con vida, me horroricé. Quería que muriese de verdad, para siempre.

—Me contrató por eso. Usted me seguía a mí. Yo la llevaría de algún modo hasta él... Y así ocurrió. Usted mató a su marido, Glenda. Para heredarle, para tener segura su fortuna.

—¿Cómo lo supo?

—Cuando Ambler y Crichton confesaron no ser ellos, cuando me dijeron que nadie sabía por qué Busby quiso emanciparse, aunque parecía temer por su vida, imagine el resto.

—De modo que... no hay solución para mí.

—No, Glenda. No hay solución nunca para los asesinos.

—Entiendo. Debo ser yo quien vaya y... se entregue...

—Será mejor, sí. ¿Tiene valor para ello?

—Sé perder —sonrió—. En todo, Steve.

Me besó de nuevo. Fue un amargo beso el suyo. Luego salió lentamente. Cerró tras de sí. Así perdí un cliente. Y una mujer hermosa. El destino, a veces, es extraño y cruel.

Pero traté de pensar en Sheila. En alguna parte estaría ahora ella. Quizá pensara alguna vez en mí...

CONCLUSION

—Sí. Pensaba en ti, Steve.

—Sheila. ¿Es posible?

—Lo es. Pensé muchas veces en ti, Steve. Me sentí tan sola, primero. Y luego, tan decepcionada, cuando supe lo de mi hermano...

—Lo imaginé. No podías figurarte algo así, ¿verdad?

—No, no podía figurármelo. Yo creí que lo era todo en su vida... y él quería emprender una vida diferente, secreta.

—Así son las personas. A veces; hay ocultas intenciones, secretos deseos no satisfechos, que hacen doble una vida, una personalidad. Con eso jugaban esos canallas de la Sociedad Sutherland. Y les salía bien. El hombre ambiciona muchas veces la impunidad para sus defectos y vicios. Y ellos manejaban el truco perfectamente.

—Steve, pudiste haber muerto, por arriesgarte tanto.

—Virtualmente, estuve muerto. Encerrado en una funeraria, en un horno crematorio... Sí, Steve Caine estuvo muerto, Sheila. Pero como ya va siendo costumbre en este asunto, resucitó de repente.

Ella sonrió, incluso a la fuerza, divertida por mi comentario. Yo la contemplé, a mi antojo, paseando por Manhattan, en el atardecer, ya atrás los días, convaleciendo de mis quemaduras, de mi tortura sufrida en The Last Luxury.

—Sheila...! —murmuré.

—¿Sí, Steve?

—¿Has pensado lo que vas a hacer?

—No, todavía no.

—Supongo que... que te casarás alguna vez.

—Supones bien. Tendré que iniciar una nueva existencia, unas nuevas ilusiones... y olvidar ciertas cosas.

—Todos tenemos algo que olvidar.

Ella me miró, de repente.

—¿Glenda Parrish, por ejemplo? —preguntó.

—No, no es eso —negué, pensativo—. Glenda no era la mujer adecuada para mí. Es hermosa, atractiva... y era mi cliente. Eso era todo. Pero nunca pensé en hacerle el amor.

—Menos mal. Hubiera sido un terrible golpe el de ahora...

—Algo me decía que Glenda no era enteramente sincera conmigo, como cliente. Pero no podía imaginar que su odio a Parrish fuese tan grande. Una mujer, cuando odia, es capaz de llegar más lejos que nadie.

—Sí, eso es lo que veo, Steve... ¿Qué será de ella ahora?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Supongo que la juzgarán y será condenada. Pero dudo que termine en la silla eléctrica. Aunque, eso sí, su vida se ha truncado definitivamente ya. Cuando salga de prisión, será una mujer de excesiva edad, marchita ya... Hay castigos peores que la misma muerte.

—Ella... ella sí estaba enamorada de ti, Steve.

—¿Cómo se te ocurrió semejante cosa? —me sorprendí.

—Era fácil verlo. Para una mujer, por supuesto.

—Por supuesto —afirmé lentamente—. Veis mucho más que nosotros, los hombres.

—Tenemos una percepción especial, Steve. Sobre todo, si un hombre nos atrae... —se mordió el labio inferior. Pero era tarde. Ya había dicho demasiado. Y parecía arrepentida de ello.

—Sheila —murmuré.

—Lo siento, Steve. No debí decirlo.

—Claro que sí —la acerqué a mí, dulcemente—. Claro que sí, querida...

—Steve...

Nos besamos en el atardecer. Era el final de una historia. Y el principio de otra.

Pero ésta ya no interesa demasiado sino a mí. Ya no es asunto profesional. Steve Caine, detective privado, también tiene su vida privada.

Para todos, menos para Sheila y para mí, el caso había terminado.

Tuve razón en algo: el tribunal condenó a muerte a Glenda Parrish. Pero recomendó clemencia el jurado, y se conmutó la pena capital por la de prisión perpetua.

Ella acogió serenamente el veredicto. Se retiró, sin perder su compostura. La mujer que había asesinado por dinero y por odio, ya había empezado a pagar su tributo.

En cambio, Ambler y Crichton, sí fueron sentenciados a la última pena. Y la sentencia se cumplió en ambos. El mundo no perdió gran cosa, ese día.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

{1} *The Last Luxury: «El último lujo», en español. Esa costumbre de hacer de un funeral un alarde de refinamiento, gasto y fantasía, es muy propio de Norteamérica. Abundan tal clase de negocios allí.*